

Free in Christ Ministries Intl.
Jorge y Lorena Gamboa
www.ficmi.org

Por el Poder de Su Presencia

Escrito por: Lorena Gamboa

"He aquí yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo."

Apocalipsis 3:20

Una vez llegada la noche, ya despejada y reposada, medité en lo ocurrido. De pronto las cosas a mi alrededor comenzaron a moverse fuertemente. Caí sobre mis rodillas debido a la fuerza del movimiento, y vi esos inmensos pies frente a mí. Me invadió un gran temor, pero a su vez un amor inexplicable. Agarré los pies y comencé a llorar. Cerré mis ojos casi inmediatamente. No sé cuánto tiempo pasó pero por primera vez en mi vida me sentí aliviada y amada. Escuché Su voz: "Conocerás la verdad y la verdad te hará libre" "Yo soy el camino, La verdad y la vida".

Por el Poder de Su Presencia

Lorena Cantillo de Gamboa

**Este libro gratuito
es una cortesía de**

ficmi.org

PARA MAYOR INFORMACION:

Si está interesado en obtener una información complementaria sobre este libro y sobre el autor, y conocer las opiniones que ha suscitado entre los lectores, le recomendamos que visite el sitio:

<http://www.ficmi.org/lorena>

© De esta edición:
FicmiProductions. Editorial digital, 2001
Conroe, Texas E.U
E-mail: ficmi@yahoo.com

<http://www.ficmi.org>

Este texto está protegido por las leyes y tratados internacionales sobre derechos de autor. Por tanto, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada o transmitida por cualquier sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito de la autora.

**Por
el
Poder de
Su
Presencia**

©2001-2007 por Ana Lorena Cantillo de Gamboa
Todos los derechos reservados.

Nueva Edición 2007

A menos que se indique lo contrario, todas las citas Bíblicas han sido tomadas de la Versión Reina Valera (VRV) de la *Santa Biblia*.

Anotaciones bíblicas marcadas como (NVRV) han sido tomadas de

La Nueva Versión Reina Valera.

Dedicación y Reconocimientos

Dedico este libro al amor de mi vida: Jesús. Por haberme rescatado del hoyo de desesperación en el que me encontraba.

A mis padres, y a toda mi familia. Puedo ver la transformación tan asombrosa que durante todos estos años han tenido. Me siento privilegiada de tenerles como tales. A todos ellos mis oraciones y bendiciones.

A mis hijos Jorge Daniel, Ana Catalina y Alejandra, tres joyas que Dios me dió como muestra de su gran amor y para mostrarme su mano poderosa actuando en ellos.

A mi esposo, Jorge, por haberme apoyado en la finalización y edición de este escrito, así como por los veinte años de matrimonio durante los cuales hemos afrontado pruebas fuertes pero sin quitar la mirada del autor y consumidor de nuestra fe: Jesucristo.

A mis amigos cercanos que de una u otra forma han hecho posible la producción de este libro, gracias a las experiencias maravillosas que compartimos juntos.

Muy en especial quiero agradecer a mi amiga y compañera de ministerio: Terri Gifford, quien donó las finanzas para la publicación de este libro.

Thank you Terri! For your obedience toward God, and for being such a partner and friend in the ministry. God made a dream possible through you. I love you!

Quiero también agradecerle a mi madre toda su cooperación en la finalización de este escrito.

Y a cada uno de ustedes, deseando que la paz de Dios y el anhelo de conocerle se incremente cada día más.

Con amor:

Lorena

Agradecimiento

Te agradezco Señor,
pues yo sin ti no estaría donde estoy;
yo sin ti estaría muerta hoy,
yo sin ti me habría perdido en el dolor.

Yo sin ti: no vería en esta vida el color.
No habría descubierto la paz
ni la hermosura del amor.

Yo sin ti: me habría amargado por completo,
y de rencor mi corazón estaría repleto,
sin objetivos ni esperanza;
de odio tendría llena el alma,
si no hubiera sido por ti.

Yo sin ti: no creería ya en la gente,
quien da la espalda de repente
cuando una afligida está.

Sin ti: no extendería mis manos
en ayuda, amor y paciencia;
mas a puños acabaría
con toda la vida mía
sin tener ninguna clemencia.

Pero...te agradezco Señor
por haber venido a mi encuentro
y detener aquel horrible tormento
que me ahogaba sin piedad.

Te agradezco Señor
el perdón que me ofreciste,
pues por mí tu vida diste
para darme una razón.

Te amo Señor..... Lorena

Prefacio

Durante el año de 1994 fuimos llamados como familia a servirle a Dios en las misiones alrededor de todo el mundo. Fue entonces cuando dejamos nuestro país de origen: Costa Rica, y vinimos a vivir a los Estados Unidos.

Sin contar con el dominio del idioma ni con el conocimiento de esta nueva cultura, nos aventuramos hacia el cumplimiento de una gran visión que Dios nos dio: “ir por todo el mundo y llevar el mensaje de amor, paz y reconciliación a toda criatura”.

Cada día, cada mes y cada año que hemos estado aquí ha sido toda una preciosa experiencia. Dios ha sido fiel a cada momento y ha suplido todo lo necesario para que podamos cumplir con su comisión.

Nuestras vidas han sido bendecidas todo este tiempo y aun después de veinte años de matrimonio, Dios ha continuado sus misericordias y milagros sobre nosotros.

Muchas personas se maravillan de las cosas que hoy en día tenemos tanto en lo material como en lo espiritual, sin darse cuenta del trasfondo del cual hemos venido ni de dónde Dios nos ha sacado. Como dijo alguien: *“Ven la gloria pero no la trayectoria”*.

Es por esa razón que decidí plasmar por escrito la primera parte de mi vida. De cómo conocí a la persona que cambió radicalmente mi existencia y me dio una verdadera razón para vivir. Esa persona es Jesucristo, y **por el poder de Su presencia** hoy tengo lo que tengo y soy lo que soy.

Después de catorce años en los Estados Unidos, hemos estado compartiendo el mensaje de esperanza en más de 50 países alrededor del mundo.

Y lo seguiremos haciendo, porque después de haber experimentado su mano milagrosa sería imposible guardarse lo maravilloso de su amor.

Capítulo Primero

Un hoyo en la oscuridad

Tengo algunos recuerdos de mi primera infancia, que aunque pocos, son muy vívidos y claros. Recuerdo que me encontraba en mi cuna y mi madre me estaba vistiendo. Este vestido era rosa pálido con perlititas en el cuello. Me preparaban para tomar la fotografía de mis dos primeros años, junto a mi hermano, quien contaba con apenas un año de edad. Este cuadro aun lo tengo muy vívido en mi memoria.

Recuerdos de mi niñez

Mi hermano Alex y yo casi celebramos el cumpleaños el mismo día. Mi madre dio a luz nuevamente cuando yo tenía 364 días de nacida. Así que mi regalo de primer cumpleaños fue un hermanito. Yo nací un 9 de mayo, y mi hermano el 8 de mayo del año siguiente, en San José de Costa Rica, un pequeño país de Centro América.

Mi familia, entonces, era una familia normal y unida. Mi padre nos llevaba al parque por las mañanas y luego mi mamá nos preparaba cereal como desayuno.

¡Cómo me desagradaba el cereal caliente! Lo detestaba, pero debía comerlo. Creo que tanto a mi hermano como a mí nos disgustaba. Sin embargo, yo sabía que si no comía durante la mañana, me sentiría débil y mareada el resto del día. Después de todo, tras del cereal siempre venía algo succulento.

Ausencias

No sé cuándo empezaron, pero sí recuerdo que sufría de desmayos y de las llamadas "ausencias". Podía estar comiendo, jugando, en la escuela, o realizando cualquier otra actividad y de repente... un mareo horrible y una sensación como cuando uno cae a un pozo profundo... luego todo oscuro, y voces a lo lejos. Cuando despertaba, me hallaba sudando y mojada. Una mota de algodón con alcohol era pasada frente a mis narices, para ayudar a reponerme.

Esta situación continuó toda mi infancia. Especialmente cuando me encontraba en lugares con luces fluorescentes como tiendas, hospitales, etcétera. No me daban ganas de comer, porque francamente la comida no me sabía a nada. No había algún tipo de comida que me deleitara. Cada vez que comía sentía unos deseos terribles de devolverlo todo. Además, la falta de apetito me hacía perder mucho peso y lucía terriblemente delgada. Mis compañeras en la escuela primaria me decían sobrenombres, y me rechazaban.

Yo era casi la niña más pequeña de estatura de mi clase del primer grado. La segunda, para ser precisos. Nos solían poner en fila por orden de tamaño y casi siempre era yo quien encabezaba. Grettel iba primero que yo, pero si ella se ausentaba, yo ocupaba ese primer lugar que, lejos de hacerme sentir orgullosa, me frustraba.

No tengo memoria de ninguna amiguita en esa época. Siempre andaba sola. A la hora del recreo me la pasaba sentada (debido al pequeño mal o epilepsia menor, una enfermedad que por lo general se manifiesta en las niñas menores de doce años) o a veces junto a mi maestra, a quien yo quería muchísimo. Sí, la Niña María Aurelia de Madríz. Mi primera maestra. Ella era casi como una segunda mamá para mí. Me consolaba y protegía. Siempre estaba allí para mí. Mis calificaciones eran de cuadro de honor, y mis compañeras de clase se burlaban de mí porque decían que yo era una niña mimada.

Un dolor interno

La realidad era que ellas no conocían el sufrimiento que yo llevaba por dentro. La frustración y el deseo de ser aceptada me dañaban muchísimo. Además, lo que estaba sucediendo en mi casa con mis padres también me dolía. Yo no entendía cómo las dos personas que yo amaba más en el mundo se trataban como perro y gato. Se gritaban, se daban de golpes y decían palabras ofensivas el uno al otro. Aun en presencia de mi hermanito y yo. Ambos nos abrazábamos y nos metíamos en el cuarto.

No estoy segura, pero creo que fue durante el segundo grado de la escuela que nos habíamos mudado para un lugar que se llama Sabanilla. Ya habíamos vivido como en cinco casas distintas. Esta en particular me gustaba mucho. Tenía árboles frutales y un río al lado de la casa. Una fuente. Allí pasábamos horas mi hermano y yo. También recuerdo una casa en Desamparados (otro poblado) que tenía grandes corredores, y un pequeño sótano o taller. Allí nos íbamos cuando nuestros padres se peleaban, para que no escucháramos ni viéramos nada... Pero, sí, todo se escuchaba. Sabíamos que algo andaba mal pero no sabíamos qué era. Nos sentíamos culpables de algo que ni siquiera podíamos describir. Era como si mi padre castigara a mi mamá por algo que nosotros habíamos hecho.

Esas continuas riñas terminaron en un divorcio, pero ni mis hermanos ni yo sabíamos la verdadera razón de su separación. Mis dos hermanos y yo fuimos sacudidos emocionalmente. Yo tenía casi seis años, mi hermano cinco (Alex) y mi hermanito menor (Rodri) casi un año. Cuando mi hermano menor nació, mi papá no estuvo allí. Se ausentaba con mayor frecuencia. El abuso y la agresión eran cada vez mayores, hasta que un día mi mamá tomó valor y decidió dejar la casa. Recuerdo vagamente deslizarme por una ventana y que por allí huíamos. De la noche a la mañana nos encontrábamos viviendo con nuestros abuelos y a veces pasaban meses enteros sin ver a nuestro padre. No entendíamos qué pasaba ni por qué. Nos sentíamos responsables. ¿Qué habíamos hecho mal para que papá nos dejara? ¿Qué hicimos mal para que mi mamá nos hubiera separado de él? Teníamos muchas preguntas pero casi ninguna respuesta. Yo le preguntaba a Dios por qué había dejado que mis padres se

separaran y le pedía todas las noches que nos volviera a reunir. Pero pasaba el tiempo y la separación era definitiva. Yo estaba enojada con Dios. Lo miraba como a un tirano. Para mí allí estaba El, listo para poner su dedo sobre nosotros y aniquilarnos en cualquier momento.

El estudio: mi refugio

En casa de mis abuelos había dos tendencias: la religiosidad de mi abuela y su dedicación a los rezos y prácticas católicas. Y por otro lado, el ateísmo de mi abuelo y sus filosofías marxistas-leninistas. El era un comunista ideológico.

Me cambiaron de escuela a un colegio católico. Las clases eran impartidas por religiosas de la orden de Dominicas de la Anunciata. Allí me encontré con otra maestra maravillosa: Damaris. Ella me quería mucho y me lo demostraba siempre. Me cuidaba celosamente. Cuando sufría las "ausencias", generalmente en viajes de campo o paseos de la escuela, o en los recreos, ella siempre estaba allí. También le gustaba escuchar mis canciones, y aunque yo no cantaba muy bien, parecía disfrutarlas.

Al principio, yo crecí siendo muy temerosa y acomplejada. Producto del divorcio y agresión familiar. Mis compañeros se burlaban de mí por ser tan delgada y también porque mis padres eran divorciados (en ese entonces todavía el divorcio no era tan nombrado como ahora.). Ser hija de padres divorciados era como tener lepra. Una vez una compañera de clase me ofendió tanto que terminamos arrancándonos el pelo y arañándonos.

Fueron días difíciles, porque además, desde que habíamos llegado a casa de mis abuelos, yo me enfrente a una situación muy delicada. Éramos muchos en la casa y vivíamos estrechamente. Mi abuelo comenzó a darme muestras de afecto mas allá de lo que yo estaba acostumbrada. Nunca me forzó a hacer nada, pero me confundía su forma de demostrarme el afecto. Yo sentía que algo no estaba bien en lo que el me hacía, pero yo creía que así debía de ser.

Siempre me compraba cosas, me mimaba y me hacía sentir que era su favorita. Lo que mi mente de niña no fue capaz de discernir fue que a cambio de lo que el quería, me estaba dando un "pago" emocional y tangible. Me decía: "Loren", este es nuestro secreto, recuérdalo.

Yo no decía nada en mi casa. Pero mi comportamiento fue cambiando. Tenía arranques de rabia y de repente, me calmaba. O algunos días tenía una profunda depresión. En el colegio siempre me llamaban para darme consejería y recuerdo que un día llamaron a mi mamá para exponerle el problema. Yo me sentí muy mal pues no quería verla sufrir. Por eso luego aprendí a crear barreras internas para protegerme y aparentar una falsa dureza. No volví a demostrar nada, y mas bien ocultaba todo lo que sucedía. Me sentía avergonzada y atemorizada.

Por eso hice del estudio un refugio. Yo quería ser la mejor siempre. Mis notas eran excelentes, pero la satisfacción que esto me daba era muy poca. La depresión siempre venía y era más fuerte que yo. Recurría a continuos llantos que no parecían tener razón alguna. Sentía una terrible soledad.

Me daba miedo quedarme sola en casa, si mi abuelo estaba allí. No podía dormir y si lo lograba tenía pesadillas constantes. Cuando yo sabía que mi mamá iba a llegar tarde, cerraba el cuarto con llave, y cuando volvía yo corría a abrir la puerta de nuevo.

Mis padres

Muchas veces quise tener a mi padre conmigo, o llamarle pero no me lo permitían. Cuando finalmente tenía acceso a él, todo mi esfuerzo se concentraba en ganar su admiración y amor. Como tratando de ganármelo de nuevo. Yo quería que él estuviera orgulloso de mí, pero nunca me lo demostraba. Mi padre se dedicó a la pintura y a la vida bohemia. Era un intelectual. Tener una conversación con él se me hacía tan difícil. Yo debía ser muy "culto" y leer muchísimo para poder mantener un diálogo con él. Todo lo hacía ver tan duro, tan inaccesible, especialmente para una niña de mi edad. Todo era abstracción. Yo me sentía perdida en un mundo de fantasía que me vislumbraba. Entre Mondrian y Dalí, Vivaldi y Albinoni yo me sentía desplazada. Kafka y Borges eran mis escritores favoritos. Entre óleos y bastidores mis ansias de comunicarme se desvanecían. Mi sueño era ser artista, bailarina o escritora. Alguien de renombre de quien él estuviera orgulloso. Yo trataba de ser la mejor, con tal de que el me quisiera otra vez, pues pensaba que era mi culpa el hecho de que el se había ido.

Por otro lado yo amaba a mi madre profundamente y le resentía a mi padre el haberla abandonado por otra mujer. Mi mamá tuvo que reanudar sus estudios universitarios para obtener un buen trabajo y podernos sostener. Casi no la veía. Salía de madrugada y regresaba a altas horas de la noche.

La cabaña de Tárcoles

Aun en las vacaciones, nos enviaban a una cabañita que mi familia tenía a orillas de la playa, en Tárcoles. Mi mamá sólo llegaba los fines de semana y allí pasábamos hasta dos meses enteros de vacaciones. La playa, el río, los caballos, la montaña, el pozo, mis amigos. Todo me parecía maravilloso. Romántico. Lindo. Yo tenía una grabadora y un par de cassettes donde grababa mis canciones favoritas: al grupo "Bread", "The Carpenters", "Electric Light Orchestra", música clásica. Yo ponía mi música y me perdía por horas caminando por la playa. Sobre una piedra al lado del mar, yo soñaba. Soñaba con ser feliz, con ser amada. Soñaba con un mundo de colores. Todo era bello mientras no estuviera el.

Tárcoles era mi guarida durante los tres meses de vacaciones. Luego, volver a la realidad y a mi soledad...

Un vicio aterrador

Mi abuelito poco a poco comenzó a ocupar el lugar que mi papá había dejado. Ese vacío comenzó a llenar mi corazón. A pesar de lo que estaba pasando y que nadie sabía, yo lo amaba mucho. Él era bueno conmigo. Jamás me gritó ni me castigó. Siempre me trataba de manera especial. Yo era la única nieta. La única mujer. Todos los demás, varones. Me compraba dulces, galletas, todo lo que yo quisiera. Él me llevaba al billar y me enseñó cómo jugar a las tres bandas, bola negra, pool y otros juegos de la misma categoría. Siendo sub-campeón nacional de billar, también era "laqueador". Podría decirse que ebanista. Convertía los muebles más feos en increíbles piezas de valor.

Por eso me entristecía que me hiciera lo que me hacía. Porque a pesar de mi corta edad, yo sabía que eso no estaba bien. Pero por no perder su afecto y protección, yo accedía a cada petición y acción, que después me hacían desdichada, y que incluso me alimentaban deseos suicidas. Me deprimía mucho. Había veces que dormía y dormía queriendo no despertar.

Una y otra vez, yo le miraba hacer sus trabajos con paciencia y asombro. Mi hermano y yo muchas veces le ayudábamos a raspar las superficies de la madera, luego lijarlas, aplicarles thinner para limpiarlas y por último pasar el barniz y el detalle. Era casi un rito. En ese tiempo yo contaba con ocho o nueve años de edad. Mi abuelo era el único que me decía que yo era bonita y que me quería mucho. Yo era la única mujer entre seis nietos. Quizás por eso me consentía tanto. Mi afán por vestirme como hombre y jugar como un niño le molestaban muchísimo. La verdad es que yo negaba todo lo femenino que podía haber en mí. Tal vez para evitar que otros hombres me tocaran. Sin embargo, él me animaba. Mi abuelo fumaba muchísimo y tiempo atrás había sido alcohólico. Su fuerza de voluntad lo condujeron a dejar el licor y más adelante el cigarrillo. Pero lo malo fue que aunque él ya no fumaba, para ese entonces yo ya me había convertido en una fumadora. Aún en el colegio, lo hacía a las escondidas. Sin embargo, mi abuelo me los facilitaba. Él me enseñó a fumar.

Mis amigas y yo nos fugábamos de la clase para ir a fumar a los famosos "pinos" atrás del edificio. Con doce y trece años ese hábito fue tomando fuerza. Yo le confesé a mi mamá que fumaba cuando tenía dieciséis años. Sé que fue muy doloroso para ella verme con un cigarrillo en la mano. Muy inmaduro de mi parte, como tantas otras cosas que hice.

Lo que mi mamá no sabía, era de otro vicio que me estaba destruyendo: la inhalación. Para mí fue muy fácil tener acceso a los inhalantes, pues mi abuelo los tenía siempre al alcance de la mano. Aunque cuidadosamente guardados, estaban accesibles. Él también me los daba cuando me veía en crisis. Me los daba para tranquilizarme y también para ganarme.

Un día mi hermano Alex y yo estábamos ayudándole a mi abuelo con unos muebles que debía entregar. El olor del thinner era tan fuerte que en un abrir y cerrar

de ojos, Alex y yo nos encontrábamos dando vueltas y mareados, riéndonos como tontos. El efecto de esta droga era pasajero pero creaba adicción.

Cuando me sentía deprimida o rechazada, lo que esta droga me producía era una sensación de escape. Como si todas las circunstancias y problemas no existieran. Comencé a usarla moderadamente, hasta que llegó el momento en que no me podía controlar. Creo que es la misma sensación que siente un alcohólico cuando necesita de un trago. Era desesperante cuando no había nada al alcance para inhalar. Llegué a buscar cemento y barníz para tales propósitos cuando no había thinner.

Una vez inhale tanto que comencé a estar mareada, con nauseas y cada sonido, cada golpe se acentuaba y se multiplicaba por 500. Desde el sonido de una gota de agua, hasta el motor de un auto. Sentí que la cabeza me estallaba. Salí del baño dando gritos. Mi mamá toda preocupada me tomó por los brazos y donde me abrazó, percibió el olor. Lo que hizo fue gritarme y pegarme. No recuerdo nada más.

Siempre portaba conmigo una botellita con líquido en la bolsa del colegio. Hasta que un día me descubrieron en la escuela y todos los días me hacían revisar. El profesor de Educación Física fue quien comenzó a notar cosas inusuales para una niña de mi edad. No coordinaba bien, todo se me olvidaba, siempre andaba sola. Ya el estudio me era una carga, pues no me era tan fácil obtener calificaciones altas, debido a mi falta de atención. Este profesor me aseguró que si yo intentaba dejar ese vicio por mi cuenta, él no me delataría. De lo contrario buscaría ayuda profesional y me podrían expulsar del colegio. Sé que lo hacía por mi bien y que deseaba ayudarme. El problema era que yo no quería ayuda de nadie.

Quería morirme. Intenté varias veces acabar con mi vida, pero no tenía el valor.

Me acuerdo de un vecino nicaragüense que vivía a un bloque de donde se encontraba mi casa. Una vez, me descubrió inhalando y al darme cuenta, intenté correr. El me detuvo y me confrontó. Me dijo muchas cosas que me hicieron pensar. En el daño que yo me estaba causando a mí misma y a mi cuerpo. Me dio mucha vergüenza. Quería que la tierra me tragara. ¿Qué y si él abría su boca para delatarme con mi mamá o mi abuelita? ¡Qué horror!

Pero a lo que más temía era a que se ventilara todo; que todo saliera a la luz y que nos echaran de la casa de mis abuelos y nos quedáramos desprotegidos otra vez.

De oídas le conocía

Por otro lado, una de mis amigas más cercanas del colegio se había hecho "pandereta" (así les llamábamos a los cristianos, quienes se caracterizaban por portar una pandereta o tamborín a sus cultos religiosos). Ana Ruth me hablaba de su Dios, y de lo maravilloso que era con ella. Yo estaba celosa. ¿Por qué Dios se interesaba por ella y no por mí? ¿Por qué Dios permitía tantas cosas en mi vida de niña? ¿Dónde

estaba Dios cuando yo más lo necesité? Cuando por las noches el temor me invadía y clamaba al cielo, todo parecía tan silencioso y sin respuestas. ¿Dónde estuvo él cuando el abuso y el dolor tocaron a mi puerta, cuando me sentía despreciada y usada, aun por los de mi propia sangre? ¿Quién era ese Dios, tan compasivo y amoroso con algunos pero tan severo con otros como yo? La verdad no tenía la más mínima intención de conocerle. Por eso Dios se convirtió en la última de mis prioridades. Mi rencor hacia Él crecía, alimentado también con las filosofías del comunismo y socialismo teológico que escuchaba en mi casa y en el colegio.

Las filosofías orientales, la nueva era, la reencarnación y el control mental también llenaban mi mente de adolescente e iban detallando poco a poco mi manera de pensar.

En esos años de mi infancia mi familia comenzó a involucrarse en las conocidas reuniones “espirituales” (¿o más bien “espiritistas?”), quizás en búsqueda de alivio interno. Todos iban menos mi abuelo. Todo esto me era fascinante. Un desahogo grande para mí. La levitación, los viajes astrales, el karma, el espiritualismo, los gnósticos...

Capítulo Segundo

Un paso a lo desconocido

Hubo en esa época de mi vida unas personas muy importantes para mí. En los espacios siguientes se las describiré.

Entre lo mágico y lo religioso

Fue una amiga y compañera fascinante durante ese período de mi adolescencia. Su personalidad y tremendo parecido a mi persona, me hacían acercarme a ella cada vez más.

Repentinamente, en medio de todo ese ciclón de experiencias negativas que yo estaba viviendo, un día sentí la urgencia de hablar con mi abuelita paterna: "Doña Soco" como la llamaban, era de figura muy delgadita, muy arrugada y pelo rojizo, casi canoso. Tenía una voz de trueno. Tan grave y fuerte, que a veces me asustaba un poco. Era de un carácter definido, voluntad firme y temperamento explosivo. Sin embargo, era amorosa y muy cariñosa. Servicial y atenta.

Yo me consideraba muy dichosa de tener a mis dos abuelitas conmigo. Doña Soco y Doña Lilú. Aunque eran muy diferentes una de la otra, yo las mantenía en un lugar muy especial de mi corazón. Yo vivía con mi abuelita materna (mi abuelita Luisa) pero no sentía libertad de contarle mis cosas. Temía que se irritara conmigo como lo hacía con mi tía (su hija menor). Como era muy estricta con ella, yo prefería mantenerme un poco cerrada en mis apreciaciones. No quería que se enterara de mis problemas y que luego me regañara. Con ella yo iba a la misa algunos Domingos y a hacer los "siete lunes". Una costumbre católica de ir todos los lunes a la iglesia del Carmen a rezarle a San Pancracio. Este lugar tenía muchos santos e imágenes. Yo la acompañaba y la miraba hacer sus rituales y rezos. Con ella aprendí a rezar el rosario, y sus famosos "pesebres o portales" eran bien conocidos por toda la vecindad. Una vez cada año se hacía el "rezo del niño" en mi casa y había abundante comida y bebidas. Es una costumbre de la religión católica donde se reza el rosario a la Virgen María y se recuerdan las trece estaciones de la vida de Jesús. Un grupo musical canta villancicos al final de cada estación. Había mucho regocijo. A mí me gustaba.

Abuelita Socorro (abuela paterna) me infundía respeto y admiración. Ella quería mucho a mi mamá y siempre se la pasaba lamentando ese divorcio. Cuando yo estaba cerca de ella me sentía respaldada y protegida. La familia de mi papá nos amaba muchísimo y nos recordaban con profundo cariño. Cuando cumplí catorce años comencé a visitarles de nuevo y había veces que me quedaba varios días con mi

abuelita para hacerle compañía. Esos días son inolvidables. Con qué sabiduría hablaba y cuanto amor me demostraba. Yo quería irme a vivir con ella.

Sin necesidad de decirle nada, ya ella lo sabía todo. Conocía detalles de mi vida que nunca supe cómo se enteró. Me enseñó a leer los signos en el agua y el humo. Y cuando yo leía las palmas de las manos, ella me guiaba y se maravillaba. Juntas descubrimos lo desconocido. Lo esotérico. Nos comunicábamos por medio de la mente. Ella podía transportar objetos o moverlos a voluntad. Me mostró cómo liberar energía haciendo esto, lo que más tarde supe se conocía como experiencia paranormal. Me enseñó las propiedades del limón ácido y el agua. En fin, un sinnúmero de cosas fascinantes para mí. Poco a poco encontré en todas estas cosas un alivio, casi una catarsis para mi ser interior. Me gustaba lo desconocido, lo sobrenatural.

Dejé de utilizar inhalantes poco a poco, (pero no por completo) aunque se me hacía difícil dejar de fumar. Entré en el mundo esotérico y comencé a indagar con respecto a las religiones orientales, la reencarnación, control mental, parapsicología, etc. Tuve varias experiencias relacionadas al "desdoblamiento" y los conocidos "viajes astrales". El poder de la sugestión, concentración y meditación también eran campos interesantes para mí. Poco a poco le iba abriendo mi mente a fuerzas negativas y a entidades malignas, sin saber que estas eran influencias demoníacas. Yo creía que todo esto provenía de Dios.

Si alguna duda surgía, abuelita Socorro las disipaba todas. Ella era bien conocida por sus "ayudas" espirituales y dotes de "brujita". ¡Conversábamos tanto! Nos contábamos todo. Ella sabía mis más íntimos secretos y sufrimientos. Sabía por lo que estaba pasando e intentó ayudarme a salir del abismo en que me encontraba. Pero la tristeza y depresión parecían no desaparecer de mi vida. Ella me decía que yo debía aprender a lidiar con ello. Que eran parte de la vida y de nuestro aprendizaje. Que eso me haría fuerte.

El mundo de lo esotérico

En el último año de la secundaria (yo contaba con quince años) comencé a poner en práctica todo lo que mi mente había desarrollado. Mis compañeros hacían fila para que les leyera las manos e interpretara los sueños, o las cartas. (Por fin el rechazo que yo sentía había desaparecido. Por fin tenía el control.) Hubo uno de mis compañeros en particular que cuando acudió para que le leyera las líneas de la mano, me horroricé. Se veía bien claro un evento fatal en su vida. Dos años más tarde murió en un accidente automovilístico. Me sentía un poco mal al enterarme de experiencias del pasado o futuro en mis amigos y compañeros y me veía frustrada por no poder remediarlas.

El rechazo que experimenté durante los primeros años de la escuela y de la secundaria, se había desvanecido. Ahora todos me buscaban, incluso algunas religiosas, para que les leyera las manos o las cartas. Era increíble. Aún las personas

que me hacían a un lado y me discriminaban comenzaron a acercarse. Por fin yo tenía el control de la situación. Tenía poder. El ansia de poder y control lleva a las personas a hacer pactos esotéricos.

Mi familia materna comenzó a asistir a unas reuniones "espirituales". En dichas reuniones un maestro astral les aconsejaba y daba directrices con respecto a sus vidas y negocios. Yo no participaba activamente con ellos por ser una adolescente, sin embargo, quería formar parte de eso también.

Mi abuelita Socorro me explicó en qué consistían tales reuniones. Ella se había vuelto mi consejera y maestra en las cosas "del espíritu". Yo comencé a llamar por mí misma a un maestro espiritual (un espíritu). Dejaba vasos con agua para que me cargara con su energía y me comunicaba con él. No le temía. Lo sentía muy natural. Nunca supe, ni me imaginaba que podía ser un demonio.

Una advertencia

Mi compañera Ana Ruth, (a quien conocía desde que teníamos como 8 años) me advertía que a Dios no le agradaba lo que yo hacía. Que Él abominaba la adivinación y la hechicería. Yo le contestaba vez tras vez, que eso no era hechicería sino un don o talento que él mismo me había dado, y si Él no estaba de acuerdo con lo que yo hacía, pues que me lo quitara. Si Dios sólo tenía tiempo para decirme lo que no le gustaba, entonces yo tampoco tenía tiempo para Él.

“¡La rebelión y la hechicería van de la mano!”, me decía ella con una voz muy determinante. “Aprende y estudia estas cosas científicamente y luego dame tu opinión”, contestaba yo. “No hables de lo que no sabes. La ignorancia y la religión son el opio de los pueblos”, le decía yo sarcásticamente a la pobrecita de mi amiga, que ya no sabía cómo hacerme entender. Yo disfrutaba viéndola desvanecerse y quedar en ridículo.

La verdad es que aunque en mi niñez quise buscar las cosas de Dios, las circunstancias me llevaron a tener una idea equivocada de su persona. Lo único que yo sabía de este Dios era que había sido un cobarde, permitiendo que lo mataran en una cruz, sin defenderse ni nada. “¿Cómo si era Dios permitió que lo clavaran a un madero como a un delincuente? ¿Por qué se dejó matar? ¿No tenía acaso todo el poder como para impedirlo? ¡No! ¡ese Dios es para los cobardes! me decía a mí misma.

¡Es para los débiles, pobres y tontos! Sólo un tonto e ignorante puede creer que hay un Dios así.” El Dios que yo conocía era uno muy distinto al que Ana Ruth me presentó. Era el dios de los conventos y las iglesias. Ese que estaba en el cielo, mientras yo estaba acá en la tierra.

-"Por favor no me hables de él" le decía a mi compañera. Quien de verdad sufría por mi actitud. Ella lloraba no por lo que yo le decía. Lloraba por verme tan perdida.

Yo me reía en silencio y la compadecía. "¡Pobrecita! cómo me da lástima, ¿acaso no se da cuenta de que todos se burlan de ella cuando la ven rezar y hablar con ese Dios invisible?, ¡Ojalá algún día entre en razón y sea feliz !"

Capítulo Tercero

La casa de la montaña y "el Atelier"

"Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Dios; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra." Oseas 6:3

Una drástica decisión

Debido a ciertas situaciones que yo estaba enfrentando en mi familia, y por las heridas profundas que habían dejado el rechazo y la amargura en el pasado, tuve que tomar una decisión. Tenía una depresión muy fuerte y el hecho de estar viviendo allí me ponía ante la posibilidad de seguir usando drogas. Personas muy cercanas a mí me habían herido (miembros de mi propia familia) y yo no podía perdonar. Tuve una conversación con mi abuelo, pidiéndole que me dejara tranquila. El me contestó muy sereno que no podía hacer eso. Y que si yo llegaba a decir algo, nadie me creería y que a quien echarían de la casa sería a mí.

Entonces fue cuando decidí dejar la casa de mis abuelos maternos. Planeé todo muy bien. Durante meses no dormí por la idea de irme de casa. Yo tenía dieciséis años y estaba en la Universidad. Contemplé la idea de mudarme con mi abuelita Socorro, pero ella no tenía posibilidades suficientes para ofrecerme un hogar. Así que en el único que pensé fue en mi papá. Lo llame y le pregunte si me recibiría en su casa... y el dijo que sí.

Un día provoqué un pleito en mi casa. Vine indispuesta de un día de campo y le armé un lío a mi tía Ileana. Yo siempre había creído que ella no me quería y que de una u otra forma deseaba que yo no estuviera allí. Fue el blanco perfecto. Dos días después yo me iba de la casa. Sin dar explicaciones ni nada, me fui.

Para mi mamá fue muy doloroso. Su hija la dejaba para irse con el hombre que había dañado su corazón. Reconozco que fui muy egoísta. Pensé sólo en mí y no en los sentimientos de los que realmente me amaban. Pero, de no haber sido así, no sé si hubiera podido soportar la situación que estaba atravesando. A ella no podía contarle la verdad, porque esa verdad la hubiese dañado más.

Así que, juzgada por todos me fui rumbo a la montaña, donde mi padre vivía. Nadie sabía la verdadera razón de mi huída. Ni yo quería comentarlo con nadie.

Recogí mis cosas y me fui.

Una intrusa

Creo que a la esposa de mi papá no le agradó mucho la idea al principio. Yo comprendí. Mi papá tenía una nueva familia y seis hijos. En total éramos nueve hermanos. El tenía su estudio de pintura (óleo) en la casa contigua y sólo durante las noches iba a reunirse con la familia. Muchas veces de madrugada.

Mi Padre era muy estricto, duro de carácter. Explosivo y fuerte. Con él no se jugaba. No era fácil estar a su nivel ni entrar a su mundo. El decidía lo que se hacía, cuándo y cómo. Decidía por todos y nadie podía objetar. Pero de alguna manera conmigo era distinto.

Mi papá no comprendía muy bien lo que pasaba, ni las razones que yo tenía para dejar mi casa, pero me recibió. Allí se me dio un cuarto que estaba alejado de todo el resto de la casa. Tenía su propio baño y otro estudio al lado. Allí fue donde yo estudiaba y meditaba. Pasaba mucho tiempo sola. Mi madrastra trabajaba durante el día y tres de mis hermanos asistían a la escuela del pueblo.

Un lugar especial

Me encantaba ese lugar. Era frío, muy frío. Los cipreses y el olor a pino estaban por todo el lugar.

Para mí era algo mágico. Conocí muchos artistas: pintores, escultores, músicos. Todos con un estilo de vida muy peculiar y fuera de lo común. Allí conocí a Rafa Fernández, Ana Istarú, Gerardo González, Sigifredo Garita, Chinchilla, Alvaro Bracci, Carlo Magno, Otto Apuy, en fin, muchos otros que frecuentaban "El Atelier". Tuve experiencias raras e inusuales, otras muy hermosas.

Hacía dibujos y caricaturas. Alguna vez intenté hacer un cuadro, pero no resultó ser mi fuerte del todo. Leía muchísimo y algunas veces acompañé a mi papá a exposiciones de sus propios cuadros y de otros colegas.

Así pasé casi dos años. No era del todo comunicativa y me dedicaba a mis cosas aisladamente. Durante ese tiempo, no visité a mi mamá ni a mi familia. Sólo asistía a la Universidad e iba al conservatorio de música por las tardes y las noches.

Usaba drogas siempre. Tranquilizantes, inhalantes. Y también fumaba mucho. Pero por primera vez me sentía protegida.

A mi papa lo tenía en un pedestal, y yo lo adoraba. Fue mi salvador y el dueño de mis afectos. Sentía que podía hablar con el casi de cualquier cosa.

El canto, una frustración

Estaba estudiando Educación Especial y desde hacía cuatro años estudiaba canto. Mi profesor siempre me decía que cambiara de instrumento. Que estudiara guitarra o piano, pero que desistiera del canto. Yo no tenía voz para cantar apropiadamente, mucho menos ópera.

Recuerdo que cuando hice la prueba para ingresar al conservatorio, saqué excelentes notas en la parte teórica, pero cuando hice la prueba de la voz... silencio total. Eran cinco profesores de canto, de los más reconocidos en la Universidad de Costa Rica. Meses después mi profesor Oscar Scaglianni me dijo: "Bueno Lorena, ¿quien lo iba a pensar! Usted ha mejorado un poco desde que la escuchamos por primera vez. Por cierto, ¿sabía que ningún profesor la quería como alumna y que yo la permití en mi salón porque sentí lástima por Usted? ahora ya sabe por qué soy tan duro con Usted en mis clases, pues si no hubiera sido por mí, Usted no estaría aquí." Yo sentí que el mundo se me derrumbaba. Tanto tiempo engañada. Nunca había deseado tanto cantar. La música era una parte esencial en mi vida. Aún así yo insistí y era fiel en mis clases de todos los martes y jueves por la mañana, y por las noches llevaba la parte práctica. Yo siempre quise cantar. Esa época en el conservatorio fue dura para mí. Me esforzaba al máximo, inclusive intenté dejar de fumar y de usar drogas para mejorar mi rendimiento pero no parecía obtener lo que deseaba.

Un hermoso sueño

Por las tardes iba a la Universidad y trabajaba en las prácticas de Educación Especial con los niños ciegos y sordos. Una vez tuve un sueño, donde yo estaba ayudando a ciegos y sordos a desenvolverse y a realizar sus tareas cotidianas. Cuando desperté creí que yo debía ser maestra de no videntes y personas con problemas auditivos. Por eso estudié esta carrera. Tiempo después comprendí su verdadero significado.

Tres enfermedades diferentes

Estando donde mi papá, me dieron desmayos o "ausencias" fuertes. Una vez, hasta pegaba por las paredes y mi cuerpo temblaba sin poder controlarme. Ya para esa época se me habían practicado exámenes médicos. Se me dictaminó una lesión en la parte derecha del cerebro, que era la que causaba las convulsiones. El Doctor de mi abuelita materna, el Dr. Nisman fue quien me hizo los exámenes pertinentes. Yo debía

tomar epamín, tegretol y fenobarbital para prevenir las "ausencias". Además, me hicieron exámenes de la sangre y descubrieron que yo padecía una rara enfermedad del mediterráneo conocida como Talasemia. Mis glóbulos rojos tenían una textura y forma diferente, y al pasar por la médula eran destruidos, produciendo una gran anemia. Al ácido fólico lo necesitaba como parte de mi dieta diaria. Tiempo atrás, había practicado gimnasia acrobática (como sugerencia de mi profesor de educación física) y me había golpeado la cadera en una rutina de entrenamiento, en la viga de equilibrio. Esto me provocó un pequeño deslizamiento que me causaba dolor y acortamiento en una de mis piernas. Por esa razón yo acostumbraba vestir solo pantalones y zapatillas tennis.

Una situación abrumadora

Con todos esos medicamentos, y la presión de los estudios, etcétera. la ansiedad crecía. Había intentado dejar de fumar e inhalar varias veces, debido a la práctica del canto, pero era algo más fuerte que yo. Mi papá fumaba compulsivamente y el olor del cigarrillo por toda la casa era una debilidad para mí. Yo me encerraba en el cuarto a fumar y a "meditar". Conocí muchos muchachos y la búsqueda de amor era obsesiva. Una y otra vez, mi corazón quedaba herido y maltratado, por desilusiones y malas tratadas. Mi corazón sangraba por dentro y por fuera. Las depresiones eran constantes y la frustración me abrigaba.

Mi papá comenzó a estudiarme. Analizaba mis acciones y reacciones, hasta que un día me llamó a su estudio para conversar. Lo primero que me dijo fue: "Nena, yo he tenido amigas y amantes de dieciocho y diecinueve años de edad, pero es la primera vez que tengo una hija de dieciocho" "Yo no la conozco, para mí esto es nuevo. No sé como ser Papá. La he notado ausente, triste.

¡Quiero ayudarla! Por favor cuénteme que le pasa."

Mi padre me hizo preguntas muy fuertes como para ser narradas aquí. Cada conversación que tuve con él abría mis heridas, pero me ayudaba. ¡Hablamos de todo! Recibí respuesta a preguntas que tenía desde mi niñez. Lloramos juntos. Le conté mis problemas, de mis vicios y de la razón por la cuál me había ido de la casa. Por primera vez tenía un papá. Escuchábamos música juntos. El adagio de Albinoni era nuestra canción.

Muchas veces me hirió con sus actuaciones de tiranía y mal humor. El tenía conceptos que yo no compartía pero aun así los respetaba. Muchas veces gritamos y nos enojamos, pero una amistad muy bonita se comenzó a forjar.

Sin embargo, mi padre era muy celoso. No sólo con mi madrastra, sino conmigo. Si ella llegaba 5 o 10 minutos después de lo usual, había guerra en la casa. Su carácter opacaba la hermosura de su alma. A mí me daba coraje y generalmente la defendía a ella. Muchas veces para Navidad o un cumpleaños estallaba en berrinches, y estropeaba la fiesta a todos.

Conmigo no funcionaba así. Yo me había vuelto independiente y no me dejaba gobernar. Pero, yo tenía un problema: falta de dinero. No tenía mi propio ingreso todavía. Así que por allí me detenía. Una vez, yo tenía un examen o prueba académica muy importante en las horas de la noche. Mi papá no me dejaba salir de noche. Durante una época desconfiaba de mí y me decía que a la Universidad sólo asistían drogadictos. Así que ese día no me dio el dinero para el bus. Perdí mi examen final y aunque no perdí el curso, lo tuve que repetir debido a que esto afectaba mis calificaciones y por ende mi beca universitaria, donde no podía obtener menos de 90 en mis récords académicos. También recuerdo que un amigo de mi papá, quien era escultor y artista, me invitó a cenar una vez. El estaba viviendo en el estudio de la casa de al lado y había preparado una comida para mí. Cuando mi papá lo supo, le puso unos platos de sombrero y los quebró. Al día siguiente Carlo Magno estaba fuera de la casa.

Fue una época muy dura. Las finanzas eran escasas en la familia y era difícil para todos. Las empleadas de la casa eran mis compañeras y cómplices. Ellas me dejaban entrar y salir, cubriéndome las espaldas. Por otro lado, yo veía muy poco a mi mamá. Ella me suplicaba que regresara, pero era imposible. No quería abrigar en ella falsas ilusiones, así que prefería no verla. Me comunicaba mucho con mi abuelita Socorro. Siempre estábamos conectadas. Una fuerza sobrenatural nos unía y me animaba a seguir.

Sin embargo, fue un gran error que yo le hubiese contado a mi papá la verdadera razón por la cual había huido de casa. Primero actuó con violencia y odio en contra de mi abuelo. Quería matarlo. Después lloró mucho. Y por ultimo abrigó un silencio inmenso.

El quiso ayudarme en muchos aspectos psicológicos, y en muchas áreas lo hizo erróneamente. Sin embargo, con todo su amor. Sintió mi dolor, lo vivió y me ayudó a lidiar con él. Ya no habían abstracciones entre nosotros, sino que hablábamos la verdad sencillamente. Yo le abrí mi corazón y él a mí. Pero algo pasó que deshizo todos mis castillos de arena.

Mi padre estuvo pensando por días y después de haber meditado sobre el asunto me dijo que la única forma por la cual yo iba a poder superar lo ocurrido con mi abuelo, era por medio del desplazamiento, para que todo el agravio, odio y dolor se transportaran a él. Y así paso. Pero en lugar de curar las heridas, las hizo más grandes. A partir de allí mi desgracia se acrecentó, así como el vacío en mi corazón.

El borde del abismo

No fue sino en el año de 1983, que debido a una desilusión y herida muy grande en mi vida caí en una fuerte depresión. No quería comer y no me interesaban ni mis estudios ni nada. Llevé sólo algunos cursos de la Universidad de Costa Rica y casi

no iba al Conservatorio de Música. Para esa época estaba preparando un reporte en Educación Especial sobre el niño epiléptico. Los medicamentos, tratamiento y control de la enfermedad en la casa y la escuela. Tuve que hacer varias entrevistas y la verdad, me ponía muy triste ver a los niños en esa condición, como la que una vez tuve yo de niña y que ahora padecía de adulta.

Este reporte lo estaba haciendo conjuntamente con otra compañera de clase: Ana María.

Ella era, según me decía, católica renovada. Ni sabía qué era eso, pero sonaba como algo bueno. Ana María era muy bonita y de carácter muy dulce. Yo supe que era cristiana por los posters en sus cuadernos y camisetas. Ella participaba de unas reuniones de jóvenes cerca de la Universidad. Jóvenes cristianos universitarios. C.E.M Cristianos en Marcha. Más de una vez le pedí que me invitara a una de esas reuniones y nunca lo hizo. Creo que por mi forma de ser ella estaba atemorizada de llevarme allí. O tal vez, no quería que yo me burlara de ella. En fin, el día de la exposición llegó y expusimos. Todo salió bien. Pero esa tarde yo tuve una de mis convulsiones en el patio central de la Universidad, conocido como el Pretil. Fue un desvanecimiento que me hizo perder el control y el equilibrio.

Perdí el control de esfínteres y todo el cuerpo me brincaba. Ninguno de los que estaba allí me ofreció su ayuda. No paré de llorar por un largo rato. Avergonzada de mi condición comencé a caminar rumbo a la parada de autobuses de San Ramón de Tres Ríos.

Por mi mente pasaron ideas negativas. La idea del suicidio ya había estado en mi mente por días. Yo conocía de un mundo espiritual. Que había algo más allá. Que había vida después de la muerte y que el alma era inmortal. ¿Por qué no terminar con este sufrimiento de una buena vez? En mi mente se plantó ese pensamiento. Ya sabía cómo hacerlo. Una sobredosis de medicamentos y todos a la mano, allí justo en mi cuarto.

Fue así que comencé a caminar decidida. Ya no me importó mi aspecto físico ni lo que la gente pensara de mí. ¡Todo iba a terminar muy pronto!

Cuando iba rumbo a la casa, a tomar el autobús, pasé frente a una casa blanca de cemento y ladrillo. Se escuchaba música alegre y las voces de decenas de jóvenes cantando. En cuanto más me acercaba, más fuerte se me hacía el sonido de la música. Mi corazón saltaba dentro de mí.

Súbitamente como un imán fui atraída a ese lugar. No pude detenerme. Fue como si alguien me tomara de la mano y me llevara a cruzar la puerta.

Un encuentro inesperado

Una vez allí, ví como unos setenta jóvenes de la universidad aplaudían al ritmo de aquella música y cantaban. Unos lloraban y otros reían. Otros lloraban y reían a la vez. Pero algo sí era verdad. Había una presencia en ese lugar que yo nunca había experimentado antes. Sentí cómo una gran fuerza me abrazaba y me estrechaba. Comencé a levantar las manos como todos los demás y hacer todo lo que los demás hacían. No me importó ni por un momento ni mi mal olor ni mi aspecto físico. Me olvidé de todo. Una gran paz llenó mi corazón... Al cerrar los ojos yo podía percatarme de esa presencia.

Cuando terminaron de cantar, me puse en medio y les di las gracias por haberme permitido presenciar su reunión. Entonces me di la vuelta y ya más serena regresé al atelier donde tomé un baño y dormí.

Capítulo Cuarto

El poder de Su presencia

"He aquí yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo." Apocalipsis 3:20

Una vez llegada la noche, ya despejada y reposada, medité en lo ocurrido. De pronto las cosas a mi alrededor comenzaron a moverse fuertemente. Caí sobre mis rodillas debido a la fuerza del movimiento, y vi esos inmensos pies frente a mi. Me invadió un gran temor, pero a su vez un amor inexplicable. Agarré los pies y comencé a llorar. Cerré mis ojos casi inmediatamente. No sé cuánto tiempo pasó pero por primera vez en mi vida me sentí aliviada y amada. Escuché Su voz: "Conocerás la verdad y la verdad te hará libre" "Yo soy el camino, La verdad y la vida". Creo que después me quedé dormida, y más adelante comencé a recordar cómo aquellos jóvenes cantaban a Jesús.

Los cantos que esos ellos entonaban eran como tributos a la persona de Jesús. Todo lo que cantaban tenía que ver con el agradecimiento a un Dios de amor y paz. Le cantaban canciones de amor a Jesús. Yo nunca había escuchado canciones de amor para Dios, sólo para enamorados.

Eso me llamaba muchísimo la atención. ¿Cómo alguien podía estar enamorado de Dios? Uno se enamora de una persona de carne y hueso. No de un ser astral, pensé yo. Yo sabía muy poco de Jesús. Sabía algo del Niño Jesús, pero de este Jesús adulto no. Sólo lo que en la iglesia le cuentan a uno. Una que otra vez lo había visto en pinturas y en las películas, pero nunca me preocupé por saber más. Además, lo consideraba un ser débil y común. Colgado de una cruz. Nada más.

Urgencia por conocer

De pronto, sentí la urgencia de conocer más de cerca a este personaje. No tenía una Biblia pero recordé que mi madrastra sí poseía una. Ella había sido hija de pastores evangélicos pero se apartó de la fe que profesaban sus padres y dejó de ser una cristiana activa. Yo había visto ese libro negro en alguna parte de la casa. Comencé a buscarlo y di con él. Me dio vergüenza que me vieran leyéndolo, así que me encerré en el cuarto y comencé a leer. Revisé todo. Desde la tapa frontal hasta los mapas que habían al final. Entre más leía, menos entendía. Ni siquiera sabía qué era lo que buscaba.

Y conocerán la verdad...

Uno de los pasajes que leí decía: ***"Y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres. Así, si el Hijo los libertara, serán verdaderamente libres."*** Juan 8:32, 36

¿Qué verdad es esa que puede liberarme de esta amargura y prisión que llevo por dentro? Entonces continué leyendo y allí mismo estaba la respuesta:

"Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino a través de mí." Juan 14:6

Jesús, el único camino

-¿Así que Jesús es el camino por el cuál debo continuar? ¿Es a través de él que se llega a Dios? ¿Y qué y si Dios me rechaza?. Allí recordé mi resentimiento con Dios y todas las preguntas que me había hecho siempre con respecto a él. ¿Qué y si hallaba a un Dios tirano que lo único que le importaba era mostrarme mis errores en la cara? ¿O que y si no me aceptaba debido a lo que yo pensaba de El?

Empecé a leer un poco más atrás: ***"Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."*** Juan 3:16

Yo no quería perderme. Quería vida, pero vida de la de verdad.

"Jesús les dijo: Como el Padre me ha amado, así también yo los he amado." Juan 15:9

¿A mí? ¿Me ha amado? ¿A pesar de todo lo que hice?

La maravillosa presencia de Dios

En cuanto leí estos versos en voz alta, mi cuarto se llenó de la misma presencia que había experimentado antes. Comencé a concentrarme en esa presencia, y de pronto, me abrazó de nuevo. Sentí un amor tan grande, que ni todos los libros del mundo alcanzarían para explicar con palabras ese amor. Allí estaba Él en mi cuarto y todo lo que pude decir fue: ¡Jesús, Jesús! Solo vi sus pies... frente a mi... los abrace y cerré los ojos.

En tanto yo pronunciaba su nombre, algo dentro de mí se rompía. Toda amargura y dolor habían desaparecido. Me sentía flotar. Quería gritar de alegría. Quería abrazar a todo el mundo y hablarles de mi nuevo amor. Mi gran amor. Por fin lo había experimentado. El me encontró y vino en mi ayuda. El me amó. Ni todos los

problemas del mundo podrían ahora separarme de él. Era real. No era un ser astral como yo pensaba. Era real. Pude sentirlo y me dejé abrazar por Él. De mi boca brotaron las palabras: Perdóname. Perdóname Jesús. Yo no te conocía, pero ahora sé que eres verdad. Creo en tí Jesús. ¡Tú eres Dios!

"Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo." Romanos 10:9

Un cambio de amo

Cuando proclamé esas palabras todo en mi cuarto comenzó a dar vueltas. Por un momento pensé que era una de las "ausencias", pero no. Literalmente todo mi cuarto se movía. Las cosas se caían. Mi cama se levantaba sola, como levitando. Entonces, otra presencia se hizo manifiesta. El maestro astral que yo tenía no era otro que una entidad maligna. Hasta ese momento se había manifestado a mí sutilmente. Entonces comprendí que estaba cambiando de amo. Como si ahora perteneciera a otra dimensión. A otro dueño.

"el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, Jesucristo" Colosenses 1:13

Yo seguí proclamando ¡Jesús, Jesús! y todo volvió a estar como antes. Su nombre quedo impreso en mi. Volví a la vida. Mi espíritu revivió!

De gusano a mariposa

Habían pasado casi doce horas desde que había llegado de la Universidad. No me sentía cansada. Al contrario, una gran felicidad me abrigaba. Me sentía diferente, ¡nueva! Fue como una metamorfosis. De gusano a mariposa.

¡Era precioso! Podía respirar livianamente. Una paz y alegría inmensas inundaban mi corazón. Me preparé para tomar una ducha y cambiarme. Ya eran casi las siete de la mañana. Y... su presencia, ¡todavía estaba allí! Aunque ya no lo veía, lo sentía, lo percibía.

Por el poder de su presencia yo había sido transformada. Era algo así como nacer otra vez. Yo me sentía otra persona. De verdad no era la misma.

"Y me hizo subir del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso. Puso mis pies sobre una roca y afirmó mis pasos. Puso en mi boca un cántico nuevo, una alabanza a nuestro Dios..." Salmo 40:2-3

De repente ya estaba conciente; mi espíritu vino de muerte a vida. El (Jesús) vino para quedarse dentro de mi. Vino a hacer morada en mi espíritu.

Capítulo Quinto

Una nueva creación

"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas." 2 Corintios 5:17

Papi, ¡quiero contarte algo muy especial que me ocurrió ayer! Ayer conocí a Jesús.

Mi papá me miró extrañado y un poco disgustado.

-¡Vamos! ¿ahora le dio por la religión? Nena, no se deje influenciar por eso. ¿dónde andaba ayer? ¿con quien estuvo hablando? y yo le respondí serenamente:

-ayer estuve en mi cuarto hablando con Jesús, Él es real.

Yo sabía que lo que estaba diciendo no tenía ningún sentido práctico. ¿Acaso me estaba volviendo loca? ¿Cómo podría probarle a mi papá que lo que le decía era la verdad? El me dijo que antes de verme cristiana prefería que me fuera de la casa.

Entonces me devolví a mi cuarto (pues había ido al atelier corriendo y me encerré de nuevo allí). Cuando claramente escuché una voz firme y amorosa que me decía: "Sal de la casa de tu padre y vé al lugar que yo te mostraré". De un salto me puse de pie. ¿Qué ahora era como Juana de Arco que escuchaba voces del cielo? Entonces me sentí un poco inquieta. Pero de algo estaba segura: Su presencia estaba allí conmigo y era tan real como la del día anterior.

¿Y para dónde voy Jesús?

-Y ¿para dónde voy, Jesús? y un silencio total. Pasó un poco de tiempo antes de que yo supiera exactamente dónde ir. Varias experiencias tenía que pasar yo primero antes de salir del atelier.

Fue un lunes 12 de julio de 1984 cuando escuché Su voz por primera vez.

"y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen,

porque conocen su voz. Mas al extraño jamás seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños." Juan 10:3-5

Mi amigo Chús

Desde ese lunes en adelante yo no faltaría a ninguna de las reuniones de jóvenes de la Comunidad Ágape (C.E.M Cristianos En Marcha). Esta vez acompañada por mi amiga Ana María. Cantaba con ellos, compartía y oraba. Lo mejor de todo era que cuando estaba a solas en mi cuarto y yo hablaba con Jesús, él me escuchaba. Lo sentía allí todo el tiempo.

Estando en Ágape (era una comunidad católico-carismática) conocí a mi amigo Chús. Chús, como todos le decíamos, era una persona humilde y con un espíritu muy noble. El talento de este hermano era el de servir. El vivía en la casa donde nos reuníamos todos los lunes. Yo debía ir a la Universidad todos los días, desde la mañana a la noche y no tenía un lugar donde ir a almorzar. Una vez llegué a Ágape a la hora del almuerzo y me metí al cuarto de oración a practicar mi flauta. Comencé a llevar clases de flauta dulce contralto y debía practicar, así que mientras se llegaba la hora yo iba al cuarto de oración y allí tocaba. Chús me escuchó varias veces a la misma hora, así que un día cuando llegué como de costumbre, él me llamó y me preguntó: "Lorena, ¿quieres almorzar?, preparé mucha comida y quiero compartir un poco contigo." Yo me llené de alegría porque había veces que no almorzaba porque no traía suficiente dinero. Y es que en casa de mi papa la situación económica estaba muy dura. El arroz y los frijoles eran mi sustento, y el pan. Nunca faltó el pan.

A veces mi primo "Pico" llegaba y me llevaba comida, y galletas, que yo guardaba y compartía con mis hermanitos.

A "Pico" lo quería mucho yo. Con él iba a patinar, a bailar...íbamos a todos sitios. Y fue uno de los primeros a quien le hablé de Jesús.

En esa situación económica estrecha, yo tuve que caminar muchas veces desde San Ramón de Tres Ríos hasta casi la Universidad, porque no me alcanzaba el dinero que me daba mi papá y yo no trabajaba aun.

"He notado que vienes a la hora del almuerzo todos los días y tocas la flauta en el cuarto de oración, ¡se escucha precioso! puedes venir cuando quieras, así cuando tocas la flauta yo puedo orar porque me inspira." Decía Chús. Allí nació una amistad muy bonita. Me defendía como un hermano mayor y me cuidaba. Recuerdo que un 2 de agosto de ese mismo año, un incidente que me ocurrió para el día de la Romería (en Costa Rica todos los años se celebra una fiesta religiosa católica en honor a la Virgen de los Angeles, donde viajan peregrinos de todas partes y de muy lejos. La gente camina por días enteros, desde sus lugares de origen hasta llegar a la ciudad de Cartago, sede de la Virgen de los Angeles. El motivo de esta romería es el de cumplir votos o promesas hechos a la virgen a cambio de milagros).

Yo quería participar en varias actividades que en C.E.M se estaban desarrollando para esa misma fecha, pero mi padre no me permitía llegar tarde a la casa. Así que ese día estuve en la reunión y salí a tiempo para tomar el autobús de San Ramón de Tres Ríos. Pero la cantidad de gente que había viajado para ir a Cartago era tal, que la carretera cerró el paso a los autobuses. Yo me devolví a C.E.M muy nerviosa y le pedí a unos amigos que me hicieran el favor de llevarme a casa. Chús me dió ánimo y me dijo que no me preocupara, que todo saldría bien. Pero mientras yo iba camino a casa, mi padre estaba de camino a C.E.M.

Al llegar allí habló con Chús rudamente y muy enojado. Le dijo no sé qué cosas atacando al grupo donde yo me congregaba, pero Chús con una serenidad muy suya lo tranquilizó asegurándole que yo ya debía estar en casa para esa hora. Yo llegué una hora antes que mi papá a la casa, y él, sin embargo, tuvo que ingeniárselas para atravesar el gentío. El mismo se dio cuenta que sus celos no tenían fundamento, y una vez en la casa, no me volvió a nombrar el episodio para nada. Chús me dijo que el estaba orando a Dios por mi familia.

Un poder sanador

Cierto día, como un mes después de mi encuentro con Jesús, estaba en una de las reuniones y me sentí mareada. No me desvanecí, sólo fue un mareo. Chús me preguntó si quería que él orara por mí para que Jesús me sanara. Yo le conté de las "ausencias" y de los medicamentos que tomaba. Allí mismo, sin mucha palabrería él extendió su mano y la puso sobre mi cabeza. Comenzó a regañar a un espíritu inmundo que él veía sobre mí y de pronto sentí como un anillo de fuego que daba vueltas alrededor de mi cabeza. Se sentía caliente. Luego de eso él me dijo "¡Ten confianza! Jesús te ha curado". Yo creí sus palabras. Creí que de verdad Jesús me había quitado mi padecimiento.

Así que en cuanto llegué a la casa, lo primero que hice fue tirar todos los medicamentos en el servicio sanitario. -"Ya no los voy a necesitar, estoy curada. Mi Jesús me curó". Con los medicamentos, tiré todo lo demás, cigarrillos, drogas... ¡todo!

"El que está en Cristo... nueva criatura es". Estar en Cristo es vivir para El y no para nuestros propios deseos y pasiones. El vino a mi espíritu. Ahora estaba librando mi alma. Yo debía renovar mi mente.

Hubo un cambio casi inmediato en mi carácter y en mis facciones. Mis compañeras de la Universidad notaban algo diferente. Aprovechaba cada minuto para hablarles de lo que Jesús había hecho en mi vida y de cómo él las amaba también y quería tener una relación personal con ellas. Yo me sentía maravillosamente bien. Desde ese día hasta hoy, veinte años después, nunca más he tenido una "ausencia", sólo "Su presencia".

La Alegría de Compartir de Jesús

Desde el día de mi nuevo nacimiento, mi mayor deseo era el comunicar mi alegría a toda mi familia. Los primeros en escuchármelo decir fueron mi padre, y mis hermanitos. Mi madrastra se había ido con mi hermanito menor. Se enojó con mi papá y se fue de la casa. A mis hermanos les presenté a Jesucristo, por medio del libro sin palabras. Una historia que habla del plan de Dios para los hombres utilizando los colores. Cada color representa algo. Luego oramos para que Jesús trajera a su mamá de vuelta y así lo hizo.

Tres meses después de esa experiencia volví a escuchar el mismo mensaje:

"Sal de la casa de tu padre y vé al lugar que yo te mostraré". En mi corazón supe que debía regresar a la casa de mi mamá, con mis abuelos, mi tía y mis hermanos. Aunque me resistí al principio, luego una gran paz inundó mi corazón. Fue cuando le dije a mi papá que me iba de la casa. El se molestó terriblemente conmigo y no quiso hablarme más. Pero yo debía obedecer a mi Señor. Debía obedecer su voz.

Cuando llegué a casa de mis abuelos, me encerré en el cuarto con mi mamá. Le conté todo lo que me pasó en mi cuarto aquella noche (aunque no le revele mi verdad de mi huida de la casa) y le conté todo acerca de Jesús. Además, le dije de una promesa que él nos hacía: el darnos una casita aparte, separada de mis abuelos y con mayor privacidad. (pues hasta ese día siempre habíamos vivido "arrimados" en la casa de mi abuelita y éramos muchos viviendo allí). Yo estaba emocionada. Por primera vez tendríamos privacidad mis hermanos, mi mamá y yo. Así que se lo compartí a ella, pero en su mente natural, no podía entenderlo. Ella no comprendía, pero de todas maneras lloraba de contenta cuando le dije de mi regreso. Le pedí perdón por los años que la hice sufrir y le conté lo de mi curación. Para mi sorpresa, ella tenía otra noticia maravillosa que darme. Tres días antes mi mamá había asistido a un grupo de oración carismático católico (Comunidad Redimidos de Sión) y por primera vez se dirigió a Dios de esta manera: "Demuéstrame Señor que Tú estás vivo y que de verdad contestas nuestras oraciones: permite que mi hija regrese a la casa" Por eso ella y yo lloramos de gozo. La petición de las dos había sido contestada.

"El te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa." Hechos 11:14.

La fuerza del perdón

Ese día cuando vi a mi abuelito, me le tiré a los brazos y le abracé. Le dije que Dios le amaba y que quería que conociera a Jesús. Le dije que yo también lo perdonaba

y que lo amaba profundamente. Sus lágrimas rodaron por sus mejillas y me abrazó. No me dijo nada, pero sí notó que yo ya no era la misma.

Mi propia familia me veía cambiada. Sin mal carácter ni rencores. No malas palabras, sino bendición que salía de mi boca para todos ellos. Mis hermanos lo notaban también. En realidad yo era una nueva Lorena, una nueva creación. La renovación de mi mente había comenzado.

A partir de mi cambio de hogar, ya me era un poco difícil viajar todos los lunes hasta la Comunidad. Me quedaba un poco lejos, aunque siempre hacía un esfuerzo por asistir de vez en cuando.

Renovando el espíritu de nuestra mente

Comencé a ir con mi mamá a la comunidad “Redimidos de Sión”. Era una comunidad católica – renovada. Allí fui liberada de espíritus inmundos (como María Magdalena). Allí aprendí que aunque mi espíritu había sido revivido y Jesús moraba allí, no así mi alma había sido liberada. En el alma y corazón (Kardía – Psuje) es donde están las emociones, la voluntad y la mente. Cuando uno nace de nuevo, debe renovar el espíritu de su mente (Efesios 4) y plantar la mente de Cristo. Yo no estaba poseída por demonios pero tenían influencia sobre mi mente. Yo recuerdo que siendo salva, aun leía las cartas y la mano. Hasta que un día fui libre a través de lo que la Palabra de Dios enseña acerca de estas abominaciones.

En esta comunidad me enseñaron de la Palabra de Dios. Lo que salió de mi mente ahora estaba ocupado con la Palabra y la revelación de Dios. Yo estoy convencida de que un cristiano, nacido de nuevo no puede ser POSEÍDO por un demonio. O está el espíritu de Dios en él o están los demonios pero no ambos. En el lugar Santísimo solo puede estar un SUMO SACERDOTE. Pero de la misma manera que Jesús sacó a los cambistas y mercaderes del templo por estar donde no debían estar (que por cierto la palabra templo aquí en el original no se refiere a la parte externa del edificio sino al lugar santo), así la palabra de Dios echa fuera del alma y la mente toda entidad maligna que es de influencia a la persona que ha venido a Cristo. Los cambistas tenían derecho legal de estar en el atrio del templo para vender las ofrendas y corderos para el sacrificio, pero no tenían derecho de estar en el lugar santo, ni mucho menos en el lugar Santísimo.

Los demonios, a través de las drogas, medicinas, vicios, dañan la mente, el alma de una persona. También su cuerpo. Al renovar y limpiar la mente, ya ellos no tienen cabida.

Una persona puede estar tan dañada en su mente de tal manera que puede actuar como si estuviera endemoniada. Pero su voluntad es siempre más fuerte. (Como el endemoniado Gadareno, que con todo y esos demonios, el vino a los pies de Jesús de su propia voluntad).

Renovemos el espíritu de nuestra mente. No demos lugar al diablo. Llenémonos del espíritu de Dios. Cuando discernimos lo que no es de Dios dejamos de actuar indebidamente. Cuando yo me di cuenta y leí en la Biblia que la lectura de las manos y todas esas prácticas de hechicería iban en contra de la naturaleza de Dios, ordene a esos pensamientos y entidades IRSE y no volver en el nombre de Jesús. En Gálatas 5 leemos que la hechicería no solamente es un espíritu sino también una obra de la carne que debe ser dominada por nuestro hombre interior. Esa lista de cosas que nombra el libro de Gálatas no son espíritus. Por lo tanto no pueden ser reprendidos. Uno debe hacer algo al respecto. Hay que arrepentirse y tener dominio propio.

La gran Familia de Dios

Por medio de hermanos de Ágape, conocí el Movimiento Cristiano Juventud Nueva, y comencé a visitar sus grupos de oración y discipulado. Era un grupo también de jóvenes universitarios y de colegio. Me encantó desde la primera vez que llegué. Todos eran muy amables y serviciales. Un compañerismo grato y un ambiente de amistad se respiraba por todos sitios. Era fabuloso pertenecer a la gran familia de Dios.

Allí conocí a Patricia, quien se convirtió en mi líder espiritual. La admiraba muchísimo. No sólo era mi líder, sino que en la universidad era profesora mía también, porque ella se había graduado en deficiencia visual e impartía clases avanzadas. Patty comenzó a discipularme y a enseñarme la Biblia, con mucha paciencia y amor. Pasábamos tardes enteras leyendo y compartiendo pasajes y enseñanzas bíblicas. Junto con dos chicas más, conformamos un grupito de oración y discipulado semanal, donde compartíamos y comentábamos de las maravillas que Dios hacía en nuestras vidas. Yo entraba en una nueva dimensión en mi vida cristiana. La palabra de Dios me hacía “libre”.

Capítulo Sexto

Fortaleza en medio de la aflicción

"Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." Romanos 8:38,39

Mi mejor amigo

El lunes siguiente corrí donde mi amigo Chús para contarle todo lo nuevo que me había pasado.

"¿Y tu mami? He estado orando mucho por ella, ¿que ha pasado?" me preguntó. Se puso contento cuando le di la noticia de que había regresado a mi casa. "Tu mami muy pronto vendrá a los pies de Jesús. Lo siento en mi espíritu". Sus palabras me alentaban. Mi mamá había sido más que una compañera para mí en los años más difíciles que pasé en el colegio. Ella me acompañaba a los bailes. Gozábamos juntas, íbamos a las fiestas juntas, y para mí era maravilloso. Mis compañeros del colegio la querían y la respetaban muchísimo. A pesar que había cosas que ella no sabía, yo procuraba contarle todo. Si hubo algo que no le conté en su momento fue porque no quería herirla ni hacerla sentirse mal, o culpable. Ella siempre fue una mamá maravillosa... Y ahora, yo quería que ella experimentara mi felicidad.

Chús siempre me lo dijo, y me apoyaba en oración. Ya mi mamá había dado el primer paso, dejando que Dios respondiera a sus necesidades más profundas. Mi regreso a la casa fue el resultado de la primera oración de mi madre, quien poco tiempo después entregó toda su vida a Jesucristo y mi amigo Chús fue un gran apoyo para mí durante los primeros meses de convertida.

Una vez que llegué a la oración me enseñó un cuadro que él había pintado. Era hermoso. El lo había hecho durante un tiempo de oración. Había pintado una tormenta sobre el mar, pero el mar estaba en calma. Todo alrededor estaba desordenado y oscuro, pero las aguas estaban tranquilas, apacibles.

Abajo el escribió este versículo:

"El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá".

Una terrible noticia

Llegó diciembre de ese año y yo no había podido ver a Chús para desearle Feliz Navidad ni nada. Desde mi cambio de vida, yo solía ir a la misa de renovación carismática en San Pedro. Ese día era Año Nuevo y fui a la misa de Acción de Gracias. La renovación carismática tenía unas misas lindísimas, llenas de la presencia de Dios. Yo había ido a misa antes, con mi abuelita Luisa, pero por compromiso. Nunca me comprometí en nada espiritual. Para mí era un rito más por cumplir y eso era todo. Mi concepto de Dios estaba bastante errado entonces.

Ese Año Nuevo yo iba con ansias de saludar a Chús y darle un fuerte abrazo. Quería contarle de las cosas lindas que Dios estaba haciendo en mi vida y en la vida de mi familia. Comencé a preguntar por él a todos los hermanos de la comunidad. Sus rostros estaban transformados ante mi pregunta. Todos parecían ocultarme algo.

Más tarde, Ana María fue quien me llamó aparte y me dio la noticia: "Lore, Chús está con Jesús. Murió ahogado la pasada Navidad y no encontraron su cuerpo hasta el 26 de diciembre, lo siento mucho."

Chus había sido pescador. El sabía nadar muy bien y conocía la fuerza de la naturaleza. ¿Cómo entonces pasó esto?

Sentí que todo me daba vueltas. Fue para mí como si me hubieran dicho que mi hermano o un familiar habían muerto. Una pena muy profunda me inundó. No podía parar de llorar. La angustia me salía desde adentro y gemidos de dolor se hacían manifiestos. Estuve sin consuelo por varios días. Chús fue el primer amigo que tuve, pues antes me cerraba a la amistad debido al abuso y al dolor. No podía orar, pues no quería recriminarle nada a Dios. Amaba con todas mis fuerzas a mi Señor como para quejarme o reclamarle. Pero una cosa sí sabía. Dios no me había quitado a mi amigo. Todo esto no había sido obra suya. Aunque tenía poco de conocerle, yo sabía que mi Dios no actuaba así. Aun no tengo explicación para este incidente, pero muy dentro de mí estoy segura que no era un plan divino el arrebatarse la vida de una persona tan especial como lo era Chús.

Fortaleza en medio de la aflicción

El día 3 de enero de ese nuevo año, me fui al "Movi" (Movimiento Cristiano Juventud Nueva, donde hacía unos meses yo asistía de vez en cuando para recibir discipulado) y me encerré en un cuarto. Allí me desahugué y lloré con todas mis fuerzas. "Jesús, ayúdame, dame tu consuelo. Dame el gozo otra vez y quítame este dolor" De repente, una música vino a mi mente y estas palabras:

"Escucha Señor, Yo te doy las gracias
mira Señor, yo me rindo a tí
me llenaré de alegría por tu causa, mi Señor, ¡mi Salvador!

Escucha Señor, yo me rindo a tí,
mira señor, Yo te alabaré
aunque todo parezca oscuro y sin salida
¡me gozaré en tí Señor!

Porque tú, Tú eres mi fortaleza
¡haces mis pies como de ciervas y en mis alturas me haces andar!
porque Tú me has dado nuevas fuerzas
a mis pasos das ligereza; me has puesto a salvo."

Comencé a cantar y entre más cantaba, nuevas fuerzas experimentaba. Un gozo inexplicable se apoderó de mí y supe que mi querido amigo seguramente se estaba gozando también en los brazos de nuestro amado Jesús. Más tarde el Señor me dió un pasaje en la Biblia: Habacuc 3:17-19 que contiene las mismas palabras que mi canción.

Fue entonces cuando comprendí que vivimos en un mundo donde dos fuerzas pelean entre sí... el bien y el mal. Todo lo que el "enemigo" logró fue separar a mi amigo de todos aquellos que le amábamos, pero todos tenemos la esperanza de la cuál habla el libro sagrado: la esperanza de volvernos a ver. Allí ya no habrá separación. Por eso yo espero siempre mantenerme en la fe de Cristo Jesús, para que ese día yo sea digna de alcanzar las promesas de Dios, y poderle ver de nuevo.

Cantos de Liberación

El año anterior, Yo había compuesto una canción para mi padre, titulada "Nosotros, él vive en nosotros". Jesús me estaba dando melodías y letras y yo no entendía ¿por qué, si no podía cantarlas bien? Sin embargo, las escribía y las guardaba. Cada vez que oraba le pedía a Jesús que cambiara mi voz. Yo quería cantar para él, y decirle a través de mi canto que él era mi fortaleza en medio de la aflicción.

Capítulo Séptimo

Melodías del corazón

"Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca." Salmo 34:1

Un Milagro tras Otro

Era el año de 1985. El mes de enero. Mi hermano menor, Rodrigo, siempre había sido muy hiperactivo, inquieto y travieso, pero muy dulce y cariñoso. Mi mamá lo sobreprotegía a veces, tal vez por ser el más pequeño de los tres. En la escuela siempre se metía en problemas y casi todos los días había una nota de la maestra. A él siempre le ocurrían toda clase de accidentes y cosas insólitas. Cuando contaba unos 8 años de edad incendió la parte de abajo de la cama de mi tío. A esa misma edad le prendió fuego a otra cama, esta vez a la de un vecino en la casita de la playa (Tárcoles) y él se escondió debajo. Fue toda una aventura para él, pero para nosotros fue desesperante. Era como si no se percatara del peligro que corría y lo retaba. Ahora iba a cumplir los dieciséis años y estaba en un colegio tecnológico.

Una mañana, Rodri se encontraba en el patio trasero. No recuerdo qué estaba haciendo, pero por alguna razón debía subirse en el muro (tapia) usando la escalera. Ese muro tenía en la parte superior trozos de vidrio puntiagudos, para evitar que los ladrones se saltaran la tapia. Mi mamá se encontraba trabajando y Alex y yo estábamos en la cocina conversando cuando de pronto... entra Rodri "más pálido que un papel" y con sus manos bien cerradas, una sobre la otra. Ni siquiera pestañeaba. Lo único que pudo decir fue: "Me corrieron la escalera". Al mostrarnos sus manos: ¡horror! Todas se habían cortado profundamente y las heridas penetraban hasta tocar algunos tendones. La sangre salía por chorros y yo no supe qué hacer. Lo único que recuerdo fue que una vecina nos socorrió. Con el impacto yo había perdido el conocimiento.

Una vez en el hospital, mi mamá se hizo presente con una de las compañeras del trabajo, quien de repente dijo "¡vamos a pedirle a Jesús que sane a Rodrigo! vamos a orar" Y comenzamos a orar... Yo le respaldaba en todo lo que ella decía y un gran gozo llegó a mi corazón.

"Así que ya vos conocés a Jesús, ¿no es así Lorena?", me preguntó de pronto, "Sí, ¡es lo más maravilloso que me ha pasado jamás!", le aseguré.

Cuando mi hermano salió de la sala de emergencias, le habían cosido las manos y las traía vendadas. El médico decía que el problema era que uno de los vidrios había

tocado un tendoncito del dedo y era probable que perdiera movilidad. "No habrá ningún problema", dijo firmemente Ligia, la amiga de mi mamá. Y yo también lo creí.

Cuando llegamos a la casa, Ligia comenzó a presentarle a mi mamá la alternativa de ser feliz, teniendo a Jesucristo como amigo personal en su vida.

Después de haber hablado por algún tiempo, ella preguntó: "¿Te gustaría, Margarita, invitar a Jesús a quedarse en esta casa y en tu corazón?", a lo que mi mamá sin dudarle respondió: "Sí quiero". Nos arrodillamos las tres en la sala de la casa, e hicimos una oración. Nos tenía sin cuidado lo que pensarán los demás de la familia. Podía caerse el mundo alrededor que eso no evitaría tan importante decisión en nuestras vidas.

Otro milagro había sucedido. Días más tarde a mi hermano le quitaron los hilos y sus heridas ya habían sanado completamente. Sólo quedaba una pequeña marquita en su mano, como un recuerdo de aquel día que Dios tornó para bien.

A mi hermano Rodrigo, yo le presenté a Jesús y varias veces oré por él por distintas situaciones.

Una vez que tenía unos dolores fuertísimos en las rodillas, Jesús lo sanó inmediatamente. Vez tras vez, Dios le mostraba su amor y paciencia. Ese día Rodri hizo una oración invitando al Señor a ocupar su corazón. Doce años más tarde vino a los pies de Cristo verdaderamente, tras un milagro asombroso que Dios hizo en su familia. Sacándolo de un mundo de tinieblas a un mundo totalmente nuevo. Hoy en día tengo un nuevo hermano en la carne y en el Señor. Aleluya!

Mientras tanto, mi otro hermano, Alex, estaba saliendo de una especie de depresión e inactividad en la que se encontraba. El era todo lo contrario a mi hermano menor. De carácter más bien dócil y suave, pero demasiado sensible y débil. El y yo sufrimos mucho más la separación de nuestros padres y creo que Alex fue muy dañado psicológicamente. El aceptó el amor de Jesús sin titubear, sin cuestionamientos, sinceramente.

Poco tiempo después de esas decisiones tan importantes, el Señor cumplió su promesa. Un apartamento. Mi tía nos lo alquiló y nos mudamos tan pronto como pudimos. Fue maravilloso. Aunque pequeñito, ¡por fin nos habíamos independizado!

Un nuevo apartamento

Tengo mi mente llena de fotografías y alegrías relacionadas con ese momento. En un solo carrito pudimos llevar todas nuestras pertenencias. Y aunque teníamos muy pocas posesiones, sí teníamos lo más grande y maravilloso: a Jesús en nuestro nuevo

hogar. ¡Que hermoso fue! y cuán emocionados estábamos. Durante días, no pudimos dormir bien, debido a la alegría que teníamos. Nos parecía un sueño del cual no queríamos despertar.

Mi mamá tuvo un cambio sorprendente también. Fue sanada sobrenaturalmente de su asma. Toda su vida la había padecido, y Jesús la curó. Además, ella llamó por teléfono a mi papá y le dijo que lo perdonaba. Inclusive llegó a su casa y se tomó un café con él, su esposa y los hijos de ambos matrimonios. Les perdonó a los dos y les dijo que ya no les guardaba rencor alguno. Estas cosas sólo las hace Dios.

Durante esa época yo estaba asistiendo al Movimiento Cristiano Juventud Nueva y estaba recibiendo discipulado. Mis primeros pasos en la lectura de la Biblia me parecían emocionantes. Los disfrutaba y los compartía con mi familia. Patty era mi maestra de discipulado y con ella y otros líderes aprendí muchas cosas de ese emocionante libro.

Una noche nos encontrábamos cantando al Señor en una de nuestras reuniones juveniles, y yo comencé a cantar con toda mi alma. El miedo a ser escuchada desapareció. Yo le estaba cantando a mi Jesús, a nadie más. Cuando terminó la reunión, un joven se me aproximó y me dijo: "Que linda voz tiene Usted, realmente me agrada. ¿No le gustaría formar un grupo musical?, hay otra muchacha que recién conocí que tiene la voz muy parecida a la suya". Así fue como Manuel y Gina llegaron a mi vida.

Manuel había conocido al Señor, varias semanas atrás. Estando en un campamento, yo le hablé del gran amor de mi vida: Jesús. Manuel vestía extravagantemente y usaba su cabello largo. Tocaba la guitarra y cantaba. Gina, por otro lado, era una jovencita de sólo catorce años que asistía al grupo de jóvenes de los miércoles. Comenzamos a ensayar nuestras propias canciones y nombramos a nuestro grupo: "Encuentro".

Uno de los líderes, el del grupo del martes había recibido una palabra de parte de Dios de iniciar una iglesia y retirarse por algún tiempo del "Movi" (Movimiento Cristiano Juventud Nueva). Don Arturo era un gran hombre de Dios y nos pidió que le ayudáramos con la música los domingos en la mañana. Así que yo iba a la Comunidad de Amor los domingos por la mañana y en la noche iba a la misa. Yo no entendía muy bien ese asunto entre evangélicos y católicos. ¿Por qué tantos desacuerdos? A mí me parecía que no valía la pena buscar diferencias, más bien unificación. De hecho el Movi entero estaba compuesto por jóvenes de todas las denominaciones. No había diferencia. Se hablaba de Jesús, y de nada más.

Un sacerdote muy especial

Mi consejero espiritual era un sacerdote católico renovado, (cuyo nombre no mencionaré para proteger su identidad) lleno del espíritu de Dios. El me explicaba las cosas de la Biblia con una sencillez asombrosa. Era con quien me confesaba y recibía

guía espiritual. Tan tangible era la presencia de Dios durante los servicios de la misa que él dirigía, que los enfermos eran sanados y los necesitados encontraban consuelo. Sus misas se llevaban a cabo en el Hospital San Juan de Dios, donde todos los enfermos terminales asistían para recibir alivio y sanación, física y espiritual. Yo estaba muy orgullosa de ser carismática y tener un consejero como él.

Amigos inseparables

Manuel era católico también y Ginita era "evangélica protestante".

Así fueron mis primeros pasos en la vida cristiana. Entre misas renovadas y cultos dominicales. Entre conciertos al aire libre e iglesias de todas las denominaciones. El grupo Encuentro era mi ilusión y mis mejores amigos estaban allí. Mi petición de cantarle a Dios se hacía más y más verdadera. Jesús me había dado Melodías que salían del corazón, para compartirlas con aquellos pobres y hambrientos de espíritu.

"Cantadle un cántico nuevo; hacedlo bien, tocando con júbilo." Salmo 33:3

Asistíamos a campamentos y retiros juveniles y poco a poco nos fuimos convirtiendo en un grupo muy reconocido, dentro del ámbito cristiano. No por la destreza ni el contenido meramente musical, sino por la riqueza de las canciones que cantábamos.

Una experiencia muy linda que vivimos fue cuando Ginita estuvo muy enferma en el hospital. Tenía un problema en su columna, a nivel de las vértebras y debía ser intervenida de inmediato. Una noche Manuel y yo fuimos a verla. Hacía frío. En la entrada del hospital Manny comenzó a tocar su guitarra y juntos compusimos una canción. Nació de esa experiencia dolorosa, de donde el Señor sacó a Gina victoriosamente, sanándola por completo.

Los tres compartimos cosas maravillosas. De esas que sólo durante tu juventud puedes vivir y que duran por una eternidad. Aprendimos la Biblia juntos, orábamos juntos y cantábamos juntos. También peleábamos pero amigablemente. Eramos más que compañeros de milicia. Nos necesitábamos y lo dábamos todo el uno por el otro.

Gina y yo hacíamos lenguaje de señas mientras cantábamos, preparábamos pequeñas coreografías para el grupo y pasábamos mucho tiempo juntas.

Pasamos experiencias divertidas también, como la vez que Manuel y yo fuimos a un concierto en un Cine. Gina no fue pues estaba recuperándose de su espalda. Cuando comenzamos a entonar la primera canción, yo estaba tan nerviosa, que olvidé la letra y empecé en un tono distinto al que Manuel estaba tocando. ¡Pobre! Pobre de Manuel. Pasó toda la canción intentando seguirme, y de principio a fin nunca nos encontramos. ¡Fue un desastre!

También recuerdo la vez que cantamos al aire libre en una campaña evangelística en Aserri. Manuel comenzó una canción que yo había escrito ("Aquí estoy") en un tono muy alto. Gina y yo comenzamos perfectamente, pero al llegar a la parte más alta de la melodía, sonábamos como un disco de alta resolución. "¡Las cosas para el Señor hay que hacerlas bien! Vamos a entonar esta canción de nuevo para todos Ustedes ¡pero en el tono correcto!", dije yo muy segura como si nada hubiera pasado.

Hay otras memorias inolvidables como la del festival de la Canción Canto de Libertad, donde obtuvimos el primer lugar, con la canción "El Cántico de Ana". 1 Samuel 2. Del Teatro Melico Salazar, Sala Kamakiri, la Casa de la Biblia y muchos otros sitios más.

Muchos otros pertenecieron al grupo: como Anita y Cristóbal, Luis, Arturo... y juntos pasamos momentos lindos. Hasta grabamos un proyecto que nunca salió al mercado.

También allí en el MOVI conocí a Martín Valverde y teníamos una buena relación con su grupo "Dynamis". Hasta un día me invitaron a cantar con ellos en un concierto que tuvieron en la Clínica Carlos Durán.

Hubo mucha gente linda que conocí allí. Muchos momentos inolvidables. Gilo, Alejandro, Quique... a todos les deseo lo mejor. No se donde estarán ahora, pero mi oración es que la bendición de Dios siempre les alcance.

Manuel y Gina no sólo eran mis amigos, son mis hermanos. Y donde quiera que se encuentren ahora, sé que la bendición de Dios siempre les seguirá y mi amor estará con ellos toda los días de mi vida. Manuel vive en los Estados Unidos, casado y con cuatro niños preciosos. Ginita está casada y tiene una parejita lindísima. ¡Gloria a Dios! Ella vive en Costa Rica.

Mi deseo es que se mantengan en la fe del hijo de Dios, Jesucristo. Que cada día sea un triunfo más en el Señor. Que nunca se apague la chispa en sus ojos. Ese deseo profundo de servirle a Dios bajo cualquier circunstancia. Que a pesar de los problemas, tristezas y obstáculos, siempre encuentren una razón para seguirle a El.

En un mundo donde los valores y la verdadera amistad ya no existen, me siento muy satisfecha de haber encontrado amigos como ellos. Amigos que antes no tuve por todas las barreras de rechazo y paredes de temor, que gracias a mi Cristo se derrumbaron por completo. Hoy a pesar de la distancia que nos separa, nos une el amor y la fe. ¡Qué maravilloso fue haberlos conocido!

Les amo, y espero que continúen componiendo melodías del corazón.

Capítulo Octavo

El osito Winnie

"Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible." Marcos 9:23

Ring rinnng, timbró el teléfono esa mañana.

-¿Sí dígame?

-Nena... soy su papá. El Bebo está en el hospital muy grave, le diagnosticaron cáncer en los riñones. Usted dice que es cristiana. ¿Por qué no va al hospital y ora por él? si es tan real ese Dios como Usted dice...

Yo me quedé muda. El menor de los hijos de mi papá (somos nueve) estaba atravesando una crisis seria. Mi hermanito de cuatro años se estaba muriendo. La llamada de mi papá me turbó. Yo debía hacer algo, pero no sabía cómo.

Al primero que recurrí fue al Padre C. con la esperanza de que él fuera a orar por Leonel. Sin embargo, el sacerdote no estaba disponible para ese tiempo y me dijo que debíamos esperar a que mi hermanito respondiera al tratamiento.

Después fui a la Comunidad y hablé con el Pastor. Yo había leído en la Biblia que cuando alguien estuviera enfermo que fuera a los ancianos de la iglesia a que le untaran aceite en el nombre del Señor y sanaría. Santiago 5:14. Ninguno de los ancianos de la iglesia parecía tener tiempo para ir conmigo a orar por él. Yo estaba desesperada.

Ahora ¿Qué hago?

-Jesús, ¿que debo hacer? ¡Haz algo! Es Tu Nombre y prestigio los que están en juego. A mí no me importa quedar mal, pero no quiero que tú quedes mal delante de los ojos de mi familia... Yo no soy anciana y ni siquiera sé cómo ungir a alguien con aceite. ¿Qué hago? En mi ingenuidad, yo tomaba todo en la Biblia de manera literal.

Pronto me quedé dormida y tuve un sueño. En mi sueño estaba un muñequito de peluche (felpa) que yo tenía y que a mi hermanito le gustaba mucho. Un osito amarillo (Winnie the Pooh) con camisita roja. El muñequito estaba bailando contento. Yo me acerque a él y le puse aceite en la cabeza y se lo dí a mi hermano. En eso, desperté.

Un acto de fe

A la mañana siguiente, yo interpreté mi sueño como un aviso de parte del Señor. Como mi hermano se encontraba en una sala muy especial donde nadie podía entrar (sólo los padres) me pareció muy lógico hacerle llegar el muñequito de parte mía. Tomé un perfume de aceite que yo tenía y se lo vertí todo al peluche. Luego le puse las manos e invoqué el nombre de JESUS. (ver Hechos 19:11,12) Una oración sencilla y sincera salió de mi corazón: "Por favor, Jesús, cura a mi hermano, ya hice lo que debía hacer". Envolví el osito en una bolsa plástica y fui al hospital. Le dije al guarda que debía darle un presente a mi hermano y que se lo hicieran llegar. Dicen que cuando él vió al muñequito, le cambió el semblante e inmediatamente lo abrazó. El día de la operación hasta vistieron al muñeco de vestidos verdes también, para que le acompañara en la sala de cirugía.

A mi hermano le programaron una operación delicada para inspeccionar el avance del cáncer en los riñones. El ultrasonido mostraba un daño bastante grande. Recuerdo que Leonel le decía a mi madrastra "Mamita no llore. Jesús vino a mi cama y me dijo que todo iba a estar bien". Yolanda lloraba conmovida.

Un día antes de la operación mi mamá y yo oramos. Estábamos en el dormitorio intercediendo por Leonel, cuando de pronto mi mamá me dijo: "Veo riñones que bajan del cielo. ¡Dios va a sanar esos riñones!" Yo lo creí así también.

Nos comunicamos con la mamá de Yolanda (mi madrastra) pues recordé que ella y su esposo eran pastores evangélicos en Puntarenas. Le conté que yo era la hija de Edwin, el pintor y que había hecho una decisión por Cristo y que mi vida había cambiado.

Juntas fuimos a la sala de operaciones a orar. Nos arrodillamos y oramos por un ratito más bien corto. Luego comenzamos a reír y reír. Había una paz increíble y una certeza de que todo iba a salir bien. Ella era bautista, yo carismática y aun así nos declarábamos la Palabra de Dios en fe.

Una fe unida, un milagro

De pronto médicos y enfermeras salían y entraban del salón. Definitivamente algo extraño estaba pasando pero no nos decían nada. Hasta que al fin, escuchamos cuando el médico a cargo de la operación le explicaba a Yolanda: "Es algo muy extraño. Nunca hemos visto nada parecido anteriormente. De verdad esto es un milagro". Lo que pasó fue que todo el cáncer se había concentrado en un sólo lugar y pudieron extraerlo (todo junto cabía en un recipiente más o menos del tamaño de una licuadora). Pero lo que ellos nunca se imaginaron fue lo que vieron a continuación.

Debajo estaban los riñones nuevos, como dos gajitos de naranja. El médico explicó que con el tiempo crecerían y alcanzarían su tamaño normal.

¡Gloria a Dios! Hasta en las páginas de la primera plana del periódico salió la noticia. Todo era felicidad. Mi familia tuvo la oportunidad de experimentar de cerca la mano de Dios y su misericordia. Mi papá estaba conmovido. Y agradecido con Dios de todo corazón. Este fue el comienzo para él de una serie de experiencias internas con Dios. Aunque tenía muchas preguntas, yo sabía que JESÚS le daría todas las respuestas. Sé que la culpabilidad y el pasado lo atormentaban e interferían con su decisión por Jesús. Por cierto, yo sé que no fue el osito de peluche lo que sanó a mi hermanito, sino JESÚS por medio de la FE con la que se actuó. La fe de todos nosotros movió el corazón de Dios.

Mi hermanito también actuó con fe. Antes de la operación, él mismo hizo un dibujo donde se puso delante de una mesa repleta de alimentos. Dibujó todo lo que se comería una vez que saliera de la operación. Desde pollo, arroz, guisos, pasteles y postres.

Una y otra vez repetía: Ya JESÚS me curó. Hasta el día de hoy ese osito todavía forma parte de los tesoros de Leonel.

Vale la pena servir a Dios

Hoy en día mi hermano tiene diecisiete años y re-entregó su vida a Jesucristo. Mis otros hermanos: Leonardo, Leopoldo y Leonidas ya han tenido un encuentro con Cristo y en su juventud le sirven con amor y dedicación. Leonardo me llamó recientemente sólo para decirme que todos los años que le hablé de Jesús valieron la pena. El, junto con su esposa y su niñita le han abierto el corazón de par en par al Señor.

Leonidas me dio una gran sorpresa cuando al regresar yo a Costa Rica, me recibió con la noticia que su vida había cambiado notablemente, porque él al igual que yo, encontró la presencia sublime de Jesús, que ha traído paz y nuevas metas a su corazón. Mis otros hermanos Alexander y Rodrigo, cada uno ha encontrado a Dios en medio de situaciones duras, dándose cuenta que El nunca los dejará y que siempre estará de su lado. Rodrigo recientemente hizo una decisión drástica por Jesús y su vida cambió totalmente. Mis hermanas: Leonora y Leticia, tuvieron sus propias experiencias espirituales cuando niñas, y sé, que lo que una vez hallaron en la persona de Jesucristo no las ha dejado vacías, sino que han recogido una cosecha abundante. Actualmente Leonora regresó de los Estados Unidos con su esposo e hijos y está llena de entusiasmo con respecto a servir a Dios. Ella está llena del Espíritu de Dios y le ama con todas sus fuerzas. Mantenemos una relación muy bonita y cercana, que antes debido a todas las circunstancias que nos rodeaban, no podíamos tener. Leti sirve en su iglesia junto con su esposo y sus pequeños.

Mi madrastra es una amiga para mí. Le sirve a Dios con todo su corazón y le es fiel a él. Hoy en día vive en una casa grande con sus hijos solteros y hay gran paz en su vida.

A todos un abrazo inmenso, y quiero que sepan que me siento muy orgullosa de tener hermanos como ellos. Hoy, unidos continuamos orando por el resto de nuestras familias, que día a día se han añadido a la familia de Dios.

¡Los amo!

Capítulo Noveno

El regalo de la vida

"Mas yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas, dice el Señor"

Jeremías 30:17a

"Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablen, yo habré oído."

Isaías 65:24

Para la Navidad, yo había hecho un estudio acerca del Arca del Templo en el Antiguo Testamento (el arca de la Alianza) y lo que representaban cada uno de los utensilios en el Atrio, el lugar Santo y el lugar Santísimo del Templo. Era la primera vez que preparaba un estudio bíblico y lo más increíble era que, por primera vez yo iba a exponer el plan de Dios a toda mi familia materna.

Estaba nerviosa. Yo nunca había predicado ni enseñado la Palabra de Dios. Pero un sentir muy fuerte me motivo a prepararme. Ayuné y oré mucho. Hice un cartel representativo con un dibujo del tabernáculo y de cómo ese tabernáculo representaba nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo. Que sin Cristo, el espíritu está muerto, pero con El es vivificado. Nuestra alma redimida y nuestro cuerpo restaurado y sanado. Que El venía a morar dentro de nosotros y que éramos los únicos seres que llevaban a su Dios "adentro".

Me escucharon con mucho respeto, y al final todos, excepto mi abuelito y un tío, hicieron la oración para recibir a Jesús como Señor. Todos tomamos la Santa Cena (la comunión) y festejamos juntos. Yo estaba muy agradecida con Dios, pues sabía que quizás esa oportunidad sería irrepetible. Mi tío abuelo: Tío Pepe, entregó ese día su alma a Dios también y desde ese entonces su vida de solitario amargado cambió por completo. Jesús hizo cosas maravillosas en toda mi familia. Y más en aquellos que tenían un corazón dispuesto y fe para creer en él. A mi tío Álvaro, Dios lo sanó de "gota". Una vez tuve un sueño y vi su pierna tocada por la mano de Dios. Bajé a contarle a tío Álvaro y le pregunte si podía orar por el, y me dijo que si. Ese día el experimento la mano poderosa de Dios. Uno tras otro, cada miembro de mi familia han entrado al Reino de Dios.

Jesús, mi todo

Jesús se había convertido en más que un amigo para mí. Él era mi confidente, mi refugio, mi aliento. En todo lo que hacía él estaba presente y todos los méritos eran por causa de Él. En el año 1986 me gradué con notas sobresalientes de la Universidad de Costa Rica, en la carrera de Ciencias de la Educación Especial con énfasis en deficientes visuales. Decidí estudiar esto movida por un sueño que había tenido y porque un amigo cercano del Conservatorio de Música, Gerardo, era un ciego total. Lo conocí en la Universidad, cuando estudiaba canto.

Él era una persona de empuje y nunca se daba por vencido debido a su minusvalía. Yo le admiraba y apreciaba mucho.

Ese mismo año ingresé a un Instituto Bíblico llamado "Cristo al mundo". Más que deseos por obtener capacitación en temas bíblicos, mi deseo era el aprender más y más de Dios. Llevaba griego en la Facultad de Filología y la Biblia era mi "hobby". Estando en ese lugar Jesús sanó mi pierna y mi talasemia.

En otra oportunidad, mientras nos encontrábamos en el período de cantos de alabanza y adoración, fui tocada por Dios. El mismo anillo de fuego que sentí cuando Chús oró por la epilepsia, lo sentí esta vez en todo mi cuerpo. Mis manos se pusieron rosadas y también mi semblante. El nivel de mi sangre era muy bajo, pero desde ese día, la cuenta de glóbulos rojos comenzaría a crecer, así como mi peso. Yo solía pesar 75 a 80 libras, y lucía delgadísima. Pero desde que Jesús vino a mi vida, mi aspecto físico cambió. Todo demostraba que Jesús, era y es mi TODO.

Una vocación muy peculiar

Una vez terminados mis estudios de la Universidad, yo estaba capacitada para dar clases regulares, para ciegos y para sordos. Trabajaba durante el día en el Colegio México (en el aula diferenciada de sordos.) y en la noche iba a "Cristo al Mundo". Tenía ocho alumnos. Todos muy especiales.

En particular recuerdo tres de ellos que cautivaron mi corazón. Olger, uno de los niños, era muy dulce pero introvertido. Un poco penoso. Una vez le prometí que si se esforzaba en las tareas y prácticas conversacionales que teníamos, le concedería un premio. Y así fue. Sin embargo, lo que más me conmovió fue que su sueño era que lo llevara a comer una hamburguesa a Mc. Donalds, pues nunca había estado allí.

Tenía otra alumna, Yorlenny. Tenía ocho años y era cristiana. Había sido muy rechazada por este motivo. Sus compañeros se burlaban y aun otras maestras la menospreciaban. Yo me hice su amiga. Visité su familia, su casa. Le ayudé en tareas extra. Y mejoró muchísimo. Cuando el resto de los compañeros supo que yo también era cristiana se extrañaron. No sé que tipo de concepto tenían sus familias de los cristianos, pero no era muy bueno. Casi todos los días el director de la Escuela me

visitaba, así como los padres de los niños. Hasta que se cercioraron de que yo era una persona honrada y transparente. Los padres comenzaron a notar cambios de conducta en sus hijos, no porque yo fuera muy buena maestra, sino porque ellos habían experimentado algo que nunca antes habían conocido: el amor de Dios.

Escuchando con el corazón

Los niños me preguntaban acerca de Jesús y durante el recreo yo me quedaba a veces platicando con ellos. Todos los ocho niños invitaron a Jesús a entrar a sus corazones.

Una de las experiencias más inolvidables y que aun no puedo explicar, fue la que tuvimos mi clase y yo una mañana como a las 8:30. Hicimos una pequeña oración para darle gracias a Jesús por cada una de sus familias y por la salud que hasta el día de hoy nos había dado. Cuando de pronto todos ellos comenzaron a orar fluidamente y comprensiblemente en voz alta.

Estos niños eran sordos de nacimiento y el tipo de sordera que tenían era moderada y profunda. Lo curioso fue que hablaban un idioma que yo no entendía. Esto ocurrió durante unos 10 minutos y todos volvieron a hacer silencio de nuevo. Cuando una de mis alumnas, sorda total, se levantó y me dijo, "algo, en mi oído... como audífonos" Lo que ella estaba tratando de decirme fue que estaba escuchando sonidos sin necesidad de ponerse los audífonos que estaban sobre las mesas. Cada uno de ellos comenzaron a percibir ruidos. Estaban maravillados y esta vez, la muda era yo.

Esta misma alumna, una vez que tuvimos un concierto con nuestro grupo Encuentro en un cine, se aprendió una de nuestras canciones y la cantó conmigo. La canción "Nosotros". Nadie se imaginaba que esta niña había sido diagnosticada con sordera profunda e incapaz de pronunciar palabras correctamente. Sus padres nunca pensaron que su hija sería capaz de algo así, pero ella y yo sabíamos que en el nombre de Jesús TODO era posible.

Maestra de pueblo

También fui maestra en la escuelita del pueblo donde vivía mi papá. Yo debía hacer prácticas con niños deficientes visuales de la zona. Una de mis alumnas allí se llamaba Esmeralda. Yo la quería mucho. Una vez llevé a Esmeralda y a dos alumnos más de la Escuela Especial Centeno Güell a la playa. Ellos no se imaginaban como era. No tenían ni idea de lo que significaba el mar o un río. Se quedaron a dormir en mi casa y de allí los llevé a un campamento para deficientes visuales que el Movi había organizado. Era un campamento cristiano. Todos los líderes éramos maestros especiales de la Universidad. Fue lindísimo.

En varias oportunidades también asistí a campamentos para los niños que padecían parálisis cerebral. Aprendí muchísimo con ellos. Cuán inteligentes y sensibles eran. Quizá su cuerpo estaba inutilizado, pero sus mentes estaban claras.

Conocí una vez a una niña extraordinaria. Era cuadripléjica y hablaba con dificultad, pero cantaba como un ángel. Su canción favorita era "Cuán grande es él".

El agradecimiento por la vida

Situaciones como estas me hicieron conocer el profundo y gran amor de Dios. Su poder, su fidelidad y justicia.

Aprendí a valorar cada vez más mis talentos, habilidades y sobre todo, mi salud. Sí, cuán agradecida estaba yo con mi Señor, por el regalo de la vida. Nunca me había sentido tan completa y llena. Todo tenía sentido. Mi razón de vivir estaba establecida...

Capítulo Décimo

Cristo al Mundo

Durante mi último año de universidad tuve la oportunidad de asistir a un Centro de Entrenamiento Bíblico llamado “Cristo al Mundo”. Una vecina mía de la infancia, Sandra, asistía a clases todos los lunes y jueves. Una vez me la encontré en la universidad y estuvimos platicando largo rato con respecto a mi conversión y entrega a Jesús. Ella había tratado de invitarme a su iglesia varias veces y yo nunca quise asistir. En ese tiempo yo no quería saber nada de las cosas de Dios y no me agradaba que ella me hablara de eso tampoco. Así que ese día le conté mi experiencia y lo feliz que me encontraba teniendo a Jesús como mi mejor amigo.

Cuando terminamos de platicar me contó que no iba camino a su casa sino a una escuela de la Biblia. Me emocioné muchísimo y le pedí que me llevara. Me insistió que sólo a los estudiantes regulares dejaban entrar y sólo cuando había “casa abierta” se permitía la entrada al público en general. Prácticamente le rogué que intentara que me dejaran pasar. Una vez allí ella mostró su carné y le preguntó al muchacho que estaba en la puerta si hacía una excepción dejándome entrar. Asombrada, mi amiga miró como sin ningún obstáculo me dejaron entrar al edificio.

Durante la primera parte tenían un espacio donde todos cantaban a Jesús y le adoraban. Yo nunca había experimentado la presencia de Dios tan fuertemente mientras un grupo de creyentes le adoraban (excepto quizás cuando llegué por primera vez a C.E.M “Cristianos en Marcha, el día que hice mi decisión por Cristo). Estaba asustada. La presencia de Dios era tan fuerte y todos danzaban y gritaban. Nunca había experimentado algo así.

El anhelo por la Palabra de Dios

Yo me arrodillé en una silla y de allí no me moví hasta que terminaron los cánticos. Inmediatamente después sonó un timbre de aviso a los estudiantes de que la primera clase iba a dar inicio. Douglas Fisher fue el maestro esa noche. Yo saboreaba cada palabra que él decía con una fe inmensa y llena de grande expectación.

Yo quería gritar de júbilo ante cada enseñanza de la Palabra de Dios. Volteaba a mirar a los estudiantes de vez en cuando y me preguntaba: “¿Por qué no están emocionados? ¿Por qué escuchan sin inmutarse? Mi Señor ¡Esto es maravilloso!”

El tema de esa noche era “La Fe que agrada a Dios”.

Esa misma noche cuando terminó todo, me dirigí a la oficina y pedí información para matricularme. Fui la primera estudiante católica en asistir a este Centro de

Entrenamiento y después de mí hubo muchos otros que fueron bendecidos al igual que yo. No tenía dinero suficiente para pagar pero estaba segura que Dios supliría el deseo de mi corazón. Asistí como oyente al principio, por un año, e iba por las noches y por las mañanas. Cuando no tenía universidad, iba a Cristo al Mundo, y por las noches después de las lecciones de Educación Especial, también iba a Cristo al Mundo. No me explico cómo tenía tantas fuerzas. Estudiaba, trabajaba y ahora asistía a la escuela bíblica. Lo único que sé es que me encantaba esa vida. La disfrutaba y la vivía con plenitud y agradecimiento.

Cada lección que nos daban, cada instrucción de la Biblia se hacía una realidad en mi vida. Yo estaba llevando griego nivel 4 en la Escuela de Filología de la Universidad de Costa Rica y nunca antes había entendido con qué propósito, además del deleite personal, había escogido yo esa materia. Asistiendo a Cristo al Mundo, descubrí ese propósito.

Cada materia de estudio dada por los maestros iba acompañada de palabras griegas que se encontraban en el Nuevo Testamento. Y yo me deleitaba buscando en mi diccionario griego esas palabras y confirmando la veracidad de tales enseñanzas. Cada lunes y jueves yo asistí fielmente. Dios comenzó a suplirme trabajo y con él, dinero extra con el que pagaba las lecciones bíblicas. Hubo sanidades internas en mi corazón que ni el mejor de los sicólogos o siquiátras hubiesen podido llevar a cabo.

Las enseñanzas de Jimmy Coleman, Bruce Gale, Douglas Fisher, Don Sims, Patrick Mc Dermott y otros grandes predicadores de la Palabra, dejaron una huella para el resto de mi vida.

Sorpresas divinas

Una vez mientras nos encontrábamos en el período de cantos de adoración a Jesús, Douglas Fisher estaba dirigiendo la música. La unción de Dios era tan fuerte que se podía palpar. La presencia de el Señor era poderosa y preciosa. De repente Douglas comenzó a hablar en un lenguaje que yo no entendí con mi entendimiento natural, pero hubo una palabra que si escuché y claramente: “talasemia”. Inmediatamente comencé a sentir un calor por todo mi cuerpo y los moretones de las manos “petequias” y la palidez desaparecieron por completo. Entendí que el Señor mismo me estaba sanando de la talasemia en ese momento.

El nivel de mi sangre era sumamente bajo y la debilidad que yo sentía era constante. Ese día llegué a la casa emocionada y muy contenta. Mi madre miraba perpleja el color rosado de mi piel y se regocijaba conmigo. La próxima vez que fui al médico a hacerme un examen de sangre, el nivel de hemoglobina había subido un alto porcentaje. Y cada año así se ha mantenido.

Sanidades asombrosas

Ya no tenía las “ausencias”, ahora tampoco sufriría por la talasemia. Sólo una cosa me incomodaba y acomplexaba: el acortamiento de mi pierna derecha.

A la edad de 12 años yo participaba en competencias de gimnasia acrobática. Empecé de muy niña y deseaba convertirme en una gimnasta. Pero el uso de las drogas y mi estilo de vida me lo impedían. Una vez en una de las prácticas sufrí un desvanecimiento y me golpeé la cadera en la barra de equilibrio. Desde ese entonces la pierna derecha sufrió de acortamientos paulatinos. Nunca le prestamos atención porque no era notorio, pero si comencé a sentir dolores intensos en el hueso último de la columna y las piernas, especialmente cuando estaba mucho tiempo sentada. Para largos viajes usaba una almohadilla para aminorar el dolor. Con el tiempo comencé a cojear y la pierna se veía unos centímetros más corta que la otra.

Había muchas actividades que no podía realizar bien ya. Ya no podía bailar, andar en bicicleta, patinar, subir a los árboles. Y además me acomplexaba muchísimo cuando la gente me preguntaba por qué abría tanto las piernas para caminar. No me gustaba usar vestido o faldas, porque era más notorio.

Un día llegué a Cristo al Mundo más temprano que de costumbre. Quería ayudarle al muchacho de la limpieza con los baños del Instituto. Había personas allí y después que terminé mi tarea, me senté con ellos en el salón, esperando a que llegara la hora de inicio de clases. Al poco rato, Jose Luis, uno de los muchachos que hacía la limpieza, se acercó a nosotros con un poco de timidez y nos dijo:

-¿Hay alguien aquí que tenga una pierna más corta que la otra? El Señor me ha dicho que oremos por esa persona porque El quiere restaurar su pierna.

Todos nos miramos entre sí, pero yo no dije nada. Estaba esperando por si otra persona se levantaba. Nadie lo hizo. Entonces cuando él se disponía a retirarse, yo me levanté y exclamé: -Yo tengo la pierna derecha unos centímetros más corta, por favor dime qué hacer.

Rápidamente él tomó una de las sillas y la puso en medio. Me pidió que me sentara en ella y que estirara ambas piernas paralelamente. El acortamiento era obvio.

Todos me miraban en un silencio total. José Luis me dijo: -¿Crees que Dios puede sanarte? A lo que yo respondí con una gran sonrisa: -¡Claro que creo! Yo creo que El puede hacer TODO.

Y seguidamente José Luis oró así:

-pierna derecha yo te ordeno que recuperes tu tamaño normal. Alíneate en el nombre de Jesús.

No me tocó. No gritó. No hizo nada fuera de lo normal. Todos esperábamos algo más. No sé, fuego caer, ángeles bajar, pero no sucedió nada. Pasaron como quince

minutos (es bastante tiempo esperando) y yo aun permanecía con mis piernas estiradas. A los veinte minutos los demás comenzaron a marcharse, uno por uno. Hasta que quedamos unos cuantos él y yo. José Luis entonces me dijo: -hermana, crea que El la ha sanado, y después verá el milagro. A lo que yo respondí: -¡Yo creo!

No me moví de allí. Comencé a darle gracias a Dios. Una y otra vez. En ese momento comenzamos a escuchar un ruido semejante al de las cáscaras de huevo al romperse. Mi cadera rotaba sin que nadie me tocara y al instante, allí delante de nuestros ojos, la pierna derecha recuperó su tamaño normal.

Comenzamos a dar gracias a Dios y yo lloraba copiosamente. Me levanté de un salto y comencé a brincar y a danzar. El período de los cantos ya había comenzado y los estudiantes estaban cantando alegremente. Yo sin pensarlo siquiera, subí a la tarima y allí en frente de todos comencé a danzar. Ese día, dancé delante del Señor por primera vez. Todos me miraban y seguro se preguntaban qué me pasaba. -Un corazón agradecido lo demuestra, me decía yo, mientras hacía las piruetas más locas delante de la presencia del Señor.

Muchos se cuestionaban mi comportamiento sin saber lo que había sucedido. Al final, les dije: -tenía muchos años que no bailaba así. Mi pierna estaba acortada y hoy el Señor ¡me ha sanado! Para los que me conocen, saben que es verdad.

El regocijo cayó sobre aquel lugar, y de nuestras bocas salían sólo acciones de gracias. ¡Cuán maravilloso es nuestro Dios!.

Una época maravillosa

En mi vida hubo etapas muy lindas, pero ésta en particular, fue una época maravillosa.

Más que un entrenamiento bíblico, lo que recibí fueron lecciones de la vida, de una manera práctica. Cada enseñanza que escuché y leí, iba acompañada de una intervención divina increíble. Ese momento de aprendizaje lo disfruté minuto a minuto. Estudiaba y cumplía con todo de forma sistemática.

Talentos puestos en práctica

Tantos años en la Universidad, estudiando educación especial y otras materias interesantes, pero llegué a un punto en mi vida que eso ya no era tan importante para mí.

Lo único que yo deseaba era agradar a Dios y cumplir con el llamado que Él me hiciera una vez, de ir y predicar Su Evangelio para la salvación de toda criatura. Sin embargo, todo lo que aprendí sin conocer a Jesús, lo he puesto en práctica durante todos estos años.

El lenguaje de señas para sordos lo comencé a poner en uso cuando teníamos las sesiones de cantos de adoración en el Centro de Entrenamiento, en la iglesia y con el grupo musical. Mucha gente se me acercaba y me compartía lo hermoso que se veía y la manera cómo eso podía ser usado para ministrar a los demás.

Simplemente yo comencé a cantar con mis manos. Y cada movimiento era una expresión de la gratitud y amor a Dios.

Varias personas con problemas auditivos se me acercaban y me comunicaban su deseo de conocer de Dios y de servirle.

El sordo que cantaba

Entre las personas con disminución auditiva que tuve el privilegio de conocer y ministrar fue un joven que padecía de sordera total que asistía a mi iglesia Casa de Alabanza: Francisco.

Una vez, durante el período de cantos de alabanza yo comencé a hacer las señas al ritmo de la música.

Francisco, asistía con sus padres a la iglesia, pero hasta ese entonces nunca se había presentado la oportunidad de ministrarlo personalmente ni de ayudarlo a sentirse parte de la congregación.

Ese día en particular, él se encontraba en una de las filas del frente y me miraba con sus ojos desorbitados y llorosos. Al final del servicio se me acercó y comenzamos a entablar comunicación.

El deseo de este joven de servir a Dios era fuerte. Y su sinceridad de corazón era tan grande, que yo no podía pasar desapercibida esta oportunidad de ayudarlo.

Varios jóvenes de la iglesia formamos un grupo de alabanza y adoración. Pero lo hermosos de este grupo era que cantábamos y a la vez hacíamos lenguaje de señas.

Invité a Francisco una vez. Y él quedó maravillado. Le dimos copia de los cantos para que él pudiera aprenderse la letra. Y junto con nosotros hacía las señas de las canciones y “cantaba”.

Fue una época maravillosa y muy enriquecedora para todos nosotros.

Hagan todo para la gloria de Dios y sin contiendas

Esta forma de lenguaje enriqueció el período de alabanza y adoración en varias iglesias. Y me siento privilegiada de haber sido una de las pioneras en mi país en este campo de la introducción de la comunicación total en los servicios de alabanza

y adoración, junto con otras compañeras que continuaron con la visión de alcanzar al sordo para Dios.

No se trataba simplemente de traducir un sermón para que los sordos lo comprendieran, sino más bien ofrecerles la oportunidad de integrarse a los servicios de la iglesia.

No simplemente como quien traduce literalmente algo...sino que las señas iban acompañadas de danza. Para mí era y es un arte. Cosa que muchos no han entendido, he inclusive se ha prestado para contienda dentro del mismo gremio de personas que hacen lenguaje de señas. Es una pena que en lugar de invertir el tiempo en ponerle obstáculos a quienes quieren y tienen la habilidad de ministrar a los sordos, se invirtiera ese tiempo en hacer algo útil para la gloria de Dios.

Nos hace falta quitar de en medio nuestro, toda crítica, juicio, envidia y murmuración, de tal manera que muchos puedan venir al encuentro del Señor de Señores, Jesucristo.

“Quítense de vosotros toda ira, contienda, amargura, gritería, maledicencia y toda malicia....” Efesios 4:31

Capítulo Undécimo

LA VISIÓN

"Y El Señor me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella." Habacuc 2:2,3

Tenía muy poco tiempo de conocer a Jesús cuando un día estando en mi casa él me dio esta visión. Al principio, yo creí estar soñando, pero después me di cuenta que era como una película que estaba siendo proyectada frente a mí.

Allí estaba yo, en frente de una gran multitud. Estaba cantando y adorando a Dios. Personas enfermas, ciegas, sordas y oprimidas corrían hacia el lugar donde nos encontrábamos. Hablo en plural pues éramos dos quienes estábamos cantando y tocando a las personas.

La gente se curaba al sonido de la música y al pronunciar el nombre de Jesús, muchos de ellos eran transformados. Nunca había visto algo parecido. Ni por la televisión, ni en revistas, ni en películas. La verdad no sabía de que se trataba aquello.

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos." Lucas 4:18

¿Quién es Señor?

No entendía qué hacía yo allí ni quién era la persona que me acompañaba. Entonces, Jesús me habló: "Esa eres tú, y ese tu marido". Cuando yo escuché estas palabras, corrí mi vista hacia el varón que estaba enfrente. Lo miré de espaldas. Era alto, tenía una voz preciosa, grave y fuerte... y era de raza negra. Yo me asomé. No conocía a nadie con esa descripción. De hecho no tenía amistad con ningún hombre así.

Me emocioné y supe entonces que Dios tenía preparado un compañero para mí. Yo había hecho una lista donde ponía las cualidades físicas, emocionales y espirituales del que yo deseaba tener por esposo.

Había tenido tantas y tantas experiencias con novios y amigos; experiencias negativas y dolorosas. Mi corazón estaba herido en esa área y yo creía que jamás encontraría a alguien que me amara.

Durante mucho tiempo, la tuve dentro de mi Biblia y oraba. Le pedía a Dios por mi pareja. Que lo protegiera, y lo cuidara hasta que nos encontráramos.

Una noche, el Señor me despertó súbitamente y me puso a interceder.

-¿Qué pasa, Señor? ¿por quién debo orar?

-Es tu esposo, necesita tus oraciones ¡ahora!

Yo me quedé fría. Con todas mis fuerzas oraba y no cesé de hacerlo hasta que la paz volvió a mi corazón. Esto sucedió en el año 1984.

Una difícil decisión

Yo tenía un novio. Era rubio, de ojos celestes y bien parecido. Era un excelente muchacho, pero yo sabía que no éramos la pareja idónea. Yo lo sentía. Muchas veces Dios me lo había comunicado por profecías, y por medio de distintas personas, que ni siquiera le conocían. Eran demasiadas advertencias, pero yo no quería escuchar y lo que deseaba era estar con él. Diferíamos mucho en las cosas espirituales. Ambos éramos católico-renovados e íbamos juntos a la iglesia, pero en cuanto a la dedicación a Dios, éramos muy distintos. Tenía que rogarle para que me acompañara a los cultos de oración o a las presentaciones del grupo. Sufría mucho pues sabía que si llegaba a casarme con él, mi prioridad de servir a Dios se desvanecería. Dentro de mí tenía la esperanza de que quizás él cambiaría, pero, ¿quién lo aseguraba? "Si él no da frutos ahora, ¿quién te asegura que los dará después?", me decía mi mamá.

Yo mantenía lo que se llama un noviazgo "misionero". Es decir, guardaba la esperanza de que el tuviera un encuentro más profundo con Dios como lo tuve yo y que recibiera un llamado de parte del Señor a servirle.

Esta situación se agravó cuando yo comencé a congregarme en una iglesia evangélica en Escazú. Casa de Alabanza. Así fue como decidí tomar una decisión al respecto.

Casa de Alabanza

Casa de Alabanza. Dios me llevó allí. El me dijo claramente: "Busca una Casa de Alabanza, casa de oración donde se proclame mi nombre." Siendo católica, llegó un momento en que mi guía espiritual, el Padre C. ya no tenía respuestas para mí. Yo sentía que me estancaba. Así que una vez fui a hablar con él y le pedí su consentimiento para ir a los servicios de enseñanza allá en Escazú. El me conocía bien. Sabía que yo era sincera. Sus palabras nunca las olvidaré. "Hija, haz crecido mucho en

el Señor. Yo te suelto y te doy la bendición. Si en ese lugar encuentras respuestas y guía espiritual basada en la Biblia y te llevan a Jesús, vete con la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Así que salí con bendición sacerdotal de la iglesia católica. Y llegué a casa de Alabanza. Es muy importante tener la bendición de tu autoridad espiritual a la hora de cambiar de una congregación a otra. Eso es lo que nos hace ovejas. De lo contrario nos convertimos en "cabritos", brincando de un pastizal a otro.

Casa de Alabanza. Esa iglesia me encantaba. Se sentía la presencia de Dios vívidamente. Un profeta y siervo de Dios una vez me dio una palabra en ese lugar: *"Yo te daré por herencia las naciones. Te llamaré de un país del Norte y allí me servirás" "Pídemme, y te daré por heredad las gentes, Y por posesión tuya los términos de la tierra." Salmo 2:8*

Fue la primera profecía que recibí de que mi esposo y yo iríamos a los Estados Unidos como misioneros. Todavía estaba soltera y ya Dios me mostraba cómo había de servirle en un futuro. Pero a mi novio no le agradaba del todo. Eso creaba conflictos fuertes entre nosotros. Hasta que un día tuvimos que separarnos. Fue muy doloroso para mí y sentía que me moría. Sin embargo, yo sabía que había hecho lo correcto. Todas las noches le pedía a Dios que me lo quitara del corazón. Yo quería hacer su voluntad. Dejamos de vernos por un tiempo, y durante ese tiempo, la visión se cumplió. Pero antes de cumplirse, yo comencé a orar al Señor: "Prepárame". Hazme una excelente ayuda idónea para el siervo de Dios que tu tienes. Que yo pueda aceptar el llamado evangelístico que sé, mi futuro esposo tendrá.

El cumplimiento de la visión

Yo estaba ensayando junto con el grupo Encuentro, pues nos estábamos preparando para un evento llamado Canto de Libertad. Era un festival de la canción, donde escogían la mejor canción e intérprete cristiano, en las categorías de solista, grupos, etcétera.

Nuestro grupo ensayaba para este festival muy duramente. En oración y también musicalmente. Además de interpretar la canción, Gina y yo hacíamos traducción simultánea en lenguaje de señas para sordos (Comunicación Total).

La canción se titulaba "El cántico de Ana", basada en la oración de una mujer llamada Ana, del Antiguo Testamento, que confió en la promesa de Dios y la obtuvo.

Llegamos hasta las eliminatorias... y un día, el 17 de septiembre de 1987, debíamos asistir a apoyar a los otros grupos. Ese día yo llevé a mi hermanita Kim (Leonora) a Guadalupe, pues esa etapa era en la Iglesia Centro Cristiano de Guadalupe, Costa Rica.

Cuando llegamos a la entrada, yo me quedé paralizada. No quise entrar... "Nena, ¿qué le pasa? ¿Se siente bien?", me preguntó Kim preocupada. "Sí, sí, no es

nada. Esa voz... yo la he escuchado antes." El joven que estaba cantando en el momento que llegamos tenía la voz más varonil y ungida que yo jamás había escuchado... sólo la escuché en aquella visión... Era la misma voz. Entonces, comencé a temblar. No quise entrar. Esperamos a que terminara de cantar y aun unos minutos más. Luego entramos.

Yo no quería saber quién era el que había cantado anteriormente. No quería verlo. Estaba un poco asustada y no quería empujar las cosas. Si esto era de Dios, en algún momento sucedería de nuevo. Al día siguiente nos tocó a nosotros el turno de cantar. Al final del evento cuando toda la gente se estaba despidiendo... pasó lo que ya Dios tenía planeado.

Era él

Hacia mí venía un joven alto y muy apuesto. Yo me quedé petrificada. De pronto este muchacho se acerca para saludarme y yo por otro lado, me escabullía... Era él. El mismo varón de la visión. Un muchacho de raza negra, con una presencia admirable. La unción de Dios se percibía sobre él. Yo llegué a mi casa un poco nerviosa, pero a la vez, contenta. ¿Y ahora, que va a pasar?

Como un mes después, los organizadores de Canto de Libertad promovieron un retiro de músicos en una montaña. Yo no era muy dada a estos eventos, pues era un tanto introvertida con la gente que no conocía. De todas maneras, Manny (Manuel) y Gina iban a estar allí. Así que yo no tenía nada que perder.

Para mi sorpresa, el "negrito" también formaba parte del grupo. Yo me sentía extraña, como atrapada. Ya no tenía salida. Era muy tarde para devolverme.

Lo más curioso fue que durante todo el día de campo, no nos separamos. Almorzamos juntos, nos sentamos juntos, e incluso jugamos juntos. Mi corazón quedó prendido de él. Cuando terminó el paseo, veníamos platicando todo el camino en el autobús. Me impresionó su personalidad, pero más su amor para con el Señor. Durante todo ese tiempo, el Señor ocupó el 90 por ciento de nuestra conversación. Se ofreció llevarme a la parada de buses de mi casa, pero yo no quise. Todo iba muy rápido y ya me estaba poniendo nerviosa.

Días más tarde, el me llamó por teléfono: "Lorena, Es Jorge, ¡Dios te bendiga!" Mi corazón dio un salto. "Te invito a tomar un café. Tengo algo muy importante que decirte" Yo le invité a venir a mi casa y le di la dirección. Ese día tenía ensayo con el grupo y fuimos juntos. Todos nos miraban, con un claro signo de pregunta dibujado en sus caras. Pero nosotros no nos dirigíamos la mirada ni la palabra.

Hasta que llegó la hora de volver a casa. El me fue a dejar y me dijo que luego me llamaría.

"¿Qué era eso tan importante que debía decirme?". Durante varios días, nos llamábamos y compartíamos palabras de la Biblia. Orábamos el uno por el otro. Y algo muy fuerte surgió dentro de nosotros y nos unió.

Era la primera vez que me sentía completa. Hasta ese momento todas las experiencias emocionales que yo había tenido se habían reducido a eso: a vivencias emocionales, donde siempre salía herida. Nunca tuve un consejo o una guía con respecto al noviazgo. Confundía el "estar enamorada" con lo que era la verdadera voluntad de Dios para mi vida. Cuando se esta "enamorado" no se piensa, no se ve; no se toman decisiones correctas. No en vano la Palabra de Dios nos enseña que el amor entre esposo y esposa se manifiesta en todas sus extensiones sólo dentro del vínculo matrimonial. La expresión "estar enamorado" no aparece en la Biblia fuera del contexto del matrimonio. Por eso, el noviazgo como tal no existe en la Biblia, sino que en su lugar aparece el compromiso. Yo crecí creyendo que el enamoramiento era el termómetro para saber si un muchacho era o no la pareja correcta. Por esa razón, tuve tantas decepciones amorosas y entregué mi corazón, o lo que quedaba de él, de manera irresponsable y gratuita. Porque cuando di mi corazón lo hice sin reservas y genuinamente. Supe lo que era amar como el mundo ama, con un amor pasional y emotivo (eros) pero no sabía cómo amar con un amor de amistad, ni con un amor sufrido (ágape) que es un amor que sabe esperar, que todo lo cree y que todo lo soporta. Jorge fue usado por Dios para enseñarme ese amor. Por eso nunca se forzó nada ni apresuramos nada. Las cosas se fueron dando a Su tiempo.

Muchas veces íbamos a cantar juntos a diferentes iglesias y ministrábamos. Un domingo fuimos a la iglesia Peniel, en Desamparados. Era una vigilia. Al final de la ministración, el pastor de jóvenes se nos acercó y nos dijo: "El Señor dice que Ustedes son la medida perfecta". Fue poco tiempo después cuando al fin Jorge me dijo: "¿Sabes? quiero pedirte algo. Yo no quiero que seas mi novia... ¡quiero que seas mi esposa!". Así que nunca fuimos novios, sino que siempre estuvimos comprometidos.

Nadie me había hecho una proposición así. El estaba tan seguro, que entonces le dije: "Antes de contestarte quiero que veas algo." Traje mi Biblia y le enseñé la lista que todavía tenía guardada. Todo congeniaba. La personalidad, los gustos, talentos, ministerio, todo... pero había un detalle muy lindo y que le asombró más: dentro de las cualidades físicas que anoté se leía: "Negrito, como el de la visión" El se sonrió y me preguntó: "¿Qué visión?" y le conté todo.

Confirmaciones increíbles

"Diles que se han acercado los días y el cumplimiento de toda visión, pues no habrá más falsa visión ni adivinación lisonjera en medio de la casa de Israel. Porque yo, el Señor, hablaré; la palabra que hablaré se cumplirá. No habrá más

dilación, pues en vuestros días, oh casa rebelde, diré la palabra y la cumpliré", dice el Señor." Ezequiel 12:23-25.

También le pregunté a Jorge acerca del día que el Señor me puso a interceder por el que iba a ser mi esposo. "¿Qué te pasó hace aproximadamente tres años?, ¿tuviste algún problema o prueba o enfermedad?". Su respuesta me asombró todavía más: "Ese año me llevaron de emergencia al hospital. Se me reventó el apéndice y me dio peritonitis. Estuve muy mal, necesité de un milagro para salir de esa prueba. Casi me muero." Llorando lo abracé, contándole de la noche que el Señor me puso a interceder por él sin conocerle, y le contesté: "Sí, acepto".

El compromiso

Decidimos comprometernos y empezar a ahorrar para casarnos. Yo trabajaba en el Instituto Costarricense de Electricidad (I.C.E) como secretaria y también ejerciendo algunas clases privadas de Educación Especial. El trabajo como secretaria era más solvente que el de maestra, por eso no volví a ejercer mi profesión.

Necesitaba el dinero para pagar mis estudios y mis gastos. Jorge estaba en la Universidad y no trabajaba todavía, así que comenzamos a orar por un trabajo para él. Me llevó a conocer su familia. Cuatro hermanas y sus papás. Era una familia maravillosa y unida. Llenos del amor y temor de Dios. Sus papás eran espléndidos conmigo y me trataban como una hija. Todo marchaba bien, hasta el día que Jorge dió la noticia: "Lorena y yo vamos a casarnos."

Habían pasado sólo seis meses desde que nos conocimos, así que para todos esto era muy pronto. Además, él era muy joven y aun no terminaba sus estudios. Con toda la razón sus padres se opusieron a la boda. Más de una vez yo le dije a Jorge que si no estaba seguro de lo que íbamos a hacer que mejor nos dejáramos de ver y con el tiempo todo se arreglaría. Pero él era determinado, seguro. Sabía lo que quería y nadie lo detendría. Yo ya había terminado mi carrera, mis estudios y ya trabajaba. En la lista que yo le enseñé a Jorge, de las cualidades que yo esperaba en mi futuro esposo, nunca apareció la edad. Es más, nunca nos la preguntamos, hasta cuando comenzamos a hacer los preparativos de la boda. Al final resultó que nos habíamos calculado la edad, al revés, y que yo era mucho mayor que él. Sin embargo, esto nunca ha sido importante para ninguno de los dos.

Sé que para él fue muy duro. Ahora yo comprendo a sus papás. Y los comprendí entonces. A pesar del rechazo y su oposición, yo les amaba y respetaba. Nunca reforcé sentimientos negativos hacia ellos. Para mí también era doloroso.

Nuestro Pastor, mi familia, mis padres, todos estaban encantados. Todos menos los papás de él. Bueno, su mamá, para ser exactos. Lo que ella no entendía era que lo que nos unía a Jorge y a mí, más que un lindo amor, era un ministerio. Dios nos unió para dar a luz un ministerio musical y misionero.

Teníamos demasiadas invitaciones para ir y ministrar juntos, y sólo estando casados podíamos hacerlo. Muchos de estos lugares estaban lejos y en algunas ocasiones debíamos pasar varios días en ese lugar. Siendo novios no estaba bien que pasáramos juntos tantos días. Fue así como el llamado de Dios en nuestras vidas fue más fuerte que todo lo demás. Y un poco diferente que el resto de las demás parejas.

La visión que Dios me había revelado tanto tiempo atrás, estaba por cumplirse.

Capítulo Doceavo

El llamado del Pastor

"Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas." Juan 10:8-11

En diciembre del año de 1987, el Señor me despertó de pronto y me dijo: *"En ocho meses yo llamaré a tu abuelita a mi presencia. Vé, atráela a mí"* Yo me levanté inquieta y un poquito angustiada. Yo amaba muchísimo a abuelita Socorro.

Varias veces fui a visitarla después de mi encuentro con Jesús, pero ella esquivaba todo tema relacionado con Dios. Así que no insistí más. Tuve que aprender a confiar en el tiempo oportuno de Dios.

Un mensaje de parte de Dios

Varios días después, el teléfono sonó... era ella:

"Nena, es su abuela."

Sé que tiene un mensaje para mí, venga para que hablemos." Yo sabía que esta vez sí me escucharía, pues de lo contrario no habría llamado. Ambas nos manteníamos unidas como siempre. Nos comunicábamos. Hacía algún tiempo atrás el Señor me había liberado de toda adivinación y brujería. Al principio yo pensaba que todo eso estaba bien con Dios, que era un don que él me había dado.

Hasta el día que leí en la Biblia que esto era abominación delante del Señor. El cambió toda adivinación por profecía, palabra de ciencia y sabiduría (según el libro del Nuevo Testamento, I de Corintios capítulos 12 y 14) y todo "trabajito espiritual" en don de sanidades y conocimiento. Fue entonces cuando quemé todo libro relacionado con brujería y el tema de la nueva era. Libros como "El tercer ojo", "Religiones orientales", "adivinación del Futuro", "cartomancia", "numerología" y muchos más.

Llegué a casa de mi abuelita y ella ya me esperaba. Nos encerramos en su cuarto y ella pidió no ser molestada. Algunos primos y familiares se encontraban allí, pero nos dejaron a solas.

Fue muy lindo. Ese momento siempre lo recordaré. Le conté lo que Dios había hecho en mi vida y en los de mi casa durante los últimos años.

De cómo Dios había transformado todo mi corazón y me había dado regalos espirituales maravillosos. Le hablé del plan que Dios tenía para ella y le presenté a Jesús. Ella estaba un poco dudosa. Cuando le pedimos a Jesús que se manifestara en ese cuarto, el poder de Su presencia fue tan grande que las dos caímos de rodillas ante Él. Ella hizo conmigo una simple oración pidiéndole a Jesucristo que entrara a su corazón y que le perdonara de todo pecado de adivinación y hechicería. Cuando terminamos, el Espíritu Santo lleno el aposento y las dos comenzamos a alabar a Dios en una lengua desconocida. Nos abrazamos y supimos que estaríamos unidas para siempre, pero esta vez por la eternidad. Continuamos en comunicación y siempre oraba por ella.

Una invitación especial

Meses más tarde, mi abuelito Rodrigo (el papá de mi mamá) fue el siguiente en la lista de los escogidos del Señor. Desde que yo me encontré con Cristo en mi vida, el amor fluía por todos mis poros, especialmente con él. Yo ya había presentado a Jorge a toda mi familia como mi prometido oficial, y todos simpatizaban con él y le respetaban. Mi abuelito admiraba mucho su voz. Así que una vez Jorge le invitó a una iglesia para que le escuchara cantar conmigo. Cuando estábamos haciendo el llamado a las personas para ser ministradas y estábamos cantando, mi abuelito entró por la puerta principal y vino al frente. El éxtasis de mi felicidad se había hecho manifiesto. Algún tiempo después mi abuelito hizo una confesión de fe con otro familiar nuestro y comenzó a leer la Biblia. Aunque cayó muy enfermo de un problema en la próstata, su fe para con Jesús se acrecentaba.

Yo llegué a escucharlo orar, leer la Palabra de Dios y alabarle con todo su corazón. Jesús me demostraba que El es el Buen Pastor, y que nadie a quien él haya escogido puede rehusarse al llamado de su voz. Dos de las personas más importantes en mi vida habían aceptado ese llamado, y yo estaba muy agradecida.

Una boda más importante

Mi boda estaba cerca. La habíamos programado para el 17 de Septiembre del año 1988. A mi abuelita Soco le envié una invitación y una fotografía de Jorge y yo. Además de un cassette cantado por nosotros para que nos escuchara. Ella estaba muy feliz de asistir a la boda. Sin embargo, fue llamada a asistir a otra boda más importante y debía prepararse. Las bodas del Cordero se acercan y Dios está llamando a su pueblo. Mi abuelita pasó a la presencia del Señor justo 22 días antes de mi boda. Fue en el mes de agosto. 8 meses después que habíamos orado juntas. Yo estuve en su lecho minutos después de su partida y de verdad que la presencia de Dios rodeaba su cuarto. Unas horas antes, abuelita Socorro se había levantado como siempre. Luego pidió algo para tomar y dijo que se acostaría un ratito. Cuando se durmió, ya no despertó. Yo me despedí de ella cantando alabanzas a Jesús. Yo estaba feliz pues

sabía que ella estaba con Él. Jorge no la conoció personalmente, pero estuvo conmigo en su funeral y consolando a la familia.

Él tampoco asistió

El día 3 de septiembre de 1988, fue mi despedida de soltera. Fue un día alegre y lleno de regalos. Estaba ilusionada con mi boda y contaba los días con una grande expectativa. Mi abuelito me había dicho ya varias veces que él no podría asistir. Yo no le hacía mucho caso, pues sabía que él debía estar allí, pues de no ser así, ¿quién me entregaría el día de mi boda? Mi papá no asistía a funerales ni bodas, ni a eventos sociales. Como artista y pintor era extraño. Así que mi abuelito era el indicado. Yo tenía una paz inmensa en mi corazón, y esa paz provenía del mismo trono de Dios. Al día siguiente de mi despedida de soltera, mi mamá me llamó desde el hospital para darme la noticia de que mi abuelito había muerto. Cuando yo llegué al cuarto de la clínica donde se encontraba, todavía estaba suavecito y cálido. Mi mamá estuvo con él junto con mi tía Zahyra. Su corazón se fue deteniendo poquito a poco, mientras mamá le narraba del libro del Apocalipsis, donde se describe el cielo... el mar de cristal y la ciudad de luz.

Abuelito pasó a la presencia de Dios en la más maravillosa paz y sin el mínimo dolor. Su cara dirigida al cielo como si alguien viniera a recogerlo... ese alguien fue Jesús, el Buen Pastor.

Se ha mudado

El día del entierro de mi abuelito yo fui a despedirlo a la funeraria donde se encontraba su cuerpo. Cuando lo miré, Jesús me dijo: "*¿Vés? está vacío. El se ha mudado.*" Sí, él se había mudado a una morada especial, preparada por el mismo Señor, donde el poder de su presencia iba a acompañarle por el resto de la eternidad. Era un domingo.

Ese día fui a la iglesia donde Jorge y yo debíamos dirigir alabanza. Era un domingo en la mañana. Mi corazón había sido anestesiado por Dios. No sentía tristeza, ni derramé lagrimas. Todo era paz. Una paz que sobrepasaba todo entendimiento. Y estas palabras vinieron a mi mente: "*Hermosa es ante los ojos de Dios la muerte de sus Santos*".

La muerte con Cristo es una vida Nueva. Dichosos los que mueren estando en el Señor.

Con Dios por la eternidad

Cristo llegó a mi vida en el momento oportuno, y a tiempo para que tres personas especiales para mi, también le recibieran.

En el mes de febrero, el día catorce (el día del amor), solo cinco meses después de mi boda, otro miembro de mi familia pasaría a la presencia de Jesús: mi tío Pepe. Tío Pepe aceptó a Jesús como su Salvador una vez que compartí a toda mi familia el plan de salvación para una Navidad.

¡Qué hermoso día para mudarse a vivir con Dios por la eternidad! El día del amor. Después de todo Jesús ES el AMOR.

Capítulo Treceavo

La Fiesta de Bodas

"Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos."

"Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero." Apocalipsis 19:7-9

Días antes de nuestra boda todo era preparativo y gran emoción. Yo misma hice las invitaciones, los arreglitos, los recuerdos...

Don Carlos Vargas, miembro de la iglesia, nos regaló lo necesario para preparar la comida en la recepción.

Nuestro Pastor Bruce Gale y su esposa Sonia se encargaron de preparar la ceremonia, los cantos, etcétera. Con ellos tuvimos varias sesiones prematrimoniales que nos ayudaron muchísimo en nuestro futuro de pareja. Gabriela fue nuestra maestra de ceremonias y fue ella quien se encargó de mi despedida de soltera en su casa. En un principio Jorge y yo deseábamos una ceremonia más bien privada y sin mayores preparativos, pero "Tío Bruce" insistió en invitar a toda la iglesia y a los pastores que nos conocían, haciendo de ese evento "GRAN FIESTA". El grupo de alabanza se preparó para dirigir la música el día de la boda. Todos los muchachos que cantaban eran nuestros amigos más cercanos y de una u otra forma habían sido discipulados por nosotros.

Por otro lado, Jorge estaba atravesando un momento muy difícil. Sus padres prácticamente lo echaron de la casa y tuvo que irse a vivir a la escuelita de la Iglesia hasta el día que nos uniéramos en matrimonio.

Juntos fuimos a entregar la invitación de bodas a su mamá, pero ella nos la devolvió arrugada junto con un regalo. Dentro de ese regalo se encontraban todos los presentes que le habíamos dado a ella y a su esposo. De su boca no salieron más que maldiciones hacia nosotros y amargura que brotaba desde su corazón. Aún así salimos de esa casa sin resentimiento alguno. Yo había decidido en mi corazón perdonar. Pero no puedo negar la tristeza que sentí.

Sé que a Jorge el dolor lo aprisionaba, pero muy dentro de él la decisión de perdonarles había sido tomada. El sabía que aunque pasaran muchos años, su madre siempre se opondría. No a mi...a cualquiera que llegara a convertirse en su nuera.

Su mamá no había entendido que Dios nos había unido para formar un ministerio y no sólo una familia. Los planes de Dios iban más allá de sus planes como madre y ella no podía aceptarlo. Jorge era el único varón entre cuatro hermanas. Quizá por esa razón esa separación parecía tan dolorosa. Su papá por el contrario siempre nos apoyó. Aunque él no fue a la boda, pues no quería hacer el problema más grande, estuvo con su hijo espiritualmente. Para Jorge esta actitud de su papá le ayudó a enfrentar muchas frustraciones que más adelante se sucedieron. Yo por mi parte siempre me sentí amada y aceptada por él. Años más tarde, Don Jorge fue el primero en estar a la puerta de nuestra casa ansioso de conocer a su primer nieto de tan sólo 3 días de nacido: Jorge Daniel, -que significa: El que camina con Dios y Dios es nuestro Juez.- Nació un 26 de abril de 1990, precisamente el día del cumpleaños de su abuelito... y por cierto, se parecen bastante...

Serenata

La noche anterior a la boda yo me retiré a dormir muy temprano. Estaba cansada y un poquito ansiosa con todos los preparativos.

A eso de las 12 media noche me levanté ante el ruido de muchas personas conversando. Mi mamá tenía preparados bocadillos, refrescos y habían otras personas en la casa. De repente: el sonido de guitarras, música y cantos inundaron el vecindario. Jorge me dió una serenata, acompañado por Manuel, Ginita y "Doña Eu" la mamá de Gina. Cantaron como media hora, canciones románticas preciosas. En nuestro país Costa Rica es costumbre dar una serenata para la novia el día antes de la boda. Para mí fue algo hermoso, un detalle formidable. Allí estaban las personas que yo más amaba, compartiendo conmigo el evento más feliz de mi vida.

La unión de Cristo y Su Iglesia

Dios estaba a punto de reflejar por medio de nuestra unión, la unión de Cristo y su Iglesia. Sin importar la raza, color, o denominación. Cuando Cristo está en nuestro corazón como Dios y Señor llegamos a formar parte de su iglesia, de la reunión de sus amados hijos y escogidos. Cuando el Cordero de Dios regrese por segunda vez, yo quiero ser parte de esa boda. (Apocalipsis 19:7-8) Nosotros somos la esposa del cordero. El pagó un precio de sangre por ella y ahora le pertenecemos.

Por fin llegó el día

Por fin llegó el día. El 17 de septiembre de 1988. La ceremonia comenzaba a las 9:00 de la mañana y yo llegué como dos horas tarde. Mi mamá me dejó dormir un ratito más aquel día para que no llegara a mi boda con bolsitas en los ojos y "trasnochada". Ella me ayudó a vestirme. El vestido de novia más lindo me lo hizo

ella. Todo blanco con unas florecitas en los bordes de color salmón. Mi mamá lo bordó a mano y trabajó detalladamente en él por casi un mes. Me colocó el velo y me dio la bendición. Yo me arrodillé y ella oró por mí, rompiendo toda maldición y bendiciendo mi futuro estado matrimonial. De su boca salieron bendiciones para Jorge y para mí, y ante el Señor ella tomó el lugar de madre para ambos. Rompió toda maldición de divorcio y nos bendijo.

Jorge estaba en la Escuelita Casa de Alabanza, en Escazú. Un buen amigo suyo, Leonidas, le ayudó a prepararse y oró con él. Lo bendijo y le animó. Llegaron juntos a la iglesia y ya mucha gente se había hecho presente. De cuatrocientas a quinientas personas asistieron a nuestra boda. Mis compañeros del I.C.E llegaron y nos acompañaron. Yo era secretaria en el plantel de Pavas y era muy querida y respetada por todos ellos. Varios jefes de otras secciones también llegaron a felicitarnos.

Nerviosismo

La iglesia estaba llena... pero la novia no llegaba. Cuando yo entré me introdujeron en un cuartito privado, mientras la ceremonia daba inicio. Fue un servicio completo. Casi dos horas. Tuvimos alabanza, se predicó la palabra e inclusive se hizo un llamado para los que querían abrir su corazón a Jesús. Fue maravilloso. Todo daba gloria a Dios. Tomamos la Santa Cena y la gente nos acompañó. Fue una Fiesta de Bodas espiritual. A través de esa copa de vino, le dábamos el sí a Jesús. Su propuesta de amor era contestada por medio de la comunión. Don Carlos Vargas y Martita su esposa fueron los padres espirituales de Jorge hasta ese momento. Ellos lo apoyaron y animaron hasta el final. Ellos fueron quienes lo entregaron y acompañaron hasta el altar. Fueron las personas indicadas y escogidas por Dios para asegurarle que no estaba solo.

Un canto de amor

Mi mamá fue mi acompañante. No hubo papá o abuelo para entregarme, pero sí una madre llena del poder de la presencia de Dios. Jorge me cantó los votos y promesas, “Mi amor por Ti”, y luego yo le respondí con esta canción que hice para él:

Eres hermoso dulce amado mío,

fuerte, amoroso y también amigo.

Tú has prendido todo mi corazón, ¿Cómo no te he de amar?

Me llevaste a la casa del banquete, tu bandera sobre mí fue AMOR

Tú eres mío y yo soy para tí, vuélvete amado alegrémonos.

Las muchas aguas no podrán apagar este amor, ni los ríos lo ahogarán.

Apresúrate amado mío ¡Vamos a casa del Rey! levantemos las alas como las águilas

Levantémonos, ¡juntos venceremos!

Tú eres mi amado, señalado entre diez mil,

el único que fue hecho para mí,

tú has prendido todo mi corazón, ¿Cómo no te he de amar?

Apresúrate amado mío ¡Vamos a casa del Rey! levantemos las alas como las águilas

Levantémonos, ¡juntos venceremos!

Promesa cumplida

La promesa que Dios me había hecho había sido cumplida. Me dio un compañero lleno del Espíritu y su poder. Ese día yo me convertí en su ayuda idónea. Un ministerio nació del corazón de Dios mismo. Nos sentíamos libres en él. Jesucristo da Libertad. Es el nombre de nuestro ministerio hasta el día de hoy. Libertad al oprimido y angustiado. Libertad en el Espíritu de Dios.

Libres para alabarle y bendecir su nombre. Libres del pecado y la enfermedad. Libres de toda atadura y maldición. Libres para servirle y honrarle de todo nuestro corazón. Libres de amargura, dolor, tristeza.. Libres, libres!!!

Jesucristo dio libertad a nuestro matrimonio y más adelante nos rescató de un pozo de desesperación en el que nos encontrábamos. (Salmo 40:1-2) Por eso vale la pena confiar en él. Vale la pena esperar en Su Palabra.

Tres Joyas

Dios nos dio tres hijos preciosos: Jorge Daniel, Ana Catalina y Alejandra, ignorando todo pronóstico médico. Porque lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. Yo había sido sanada de la epilepsia y de mi cadera, y la sanidad de la talasemia fue paulatina. Año tras año yo mejoraba. Quisimos tener niños casi de inmediato, sin embargo, mi cuerpo no respondía. Luego entendí que Dios había cerrado mi vientre para el momento oportuno. Mucha gente cómenos a hacer comentarios debido a lo rápido que nos habíamos casado. Muchos dijeron que era porque yo ya estaba embarazada y que por eso había hecho correr a Jorge. Esos comentarios nos dolían, pero no causaron heridas porque sabíamos que estábamos bien delante de Dios. Al pasar los meses, cuando la gente veía que no había bebé, tuvieron que tragarse sus comentarios y juicios. Dios le dijo a Jorge que le daría un hijo varón y

que se llamaría Daniel (Dios es mi Juez). Que sería un profeta de Dios y un niño prodigio, y así fue.

Daniel nació con un talento increíble. Ya tiene diecisiete años de edad, pero desde los diez meses comenzó a tocar la batería, mientras su Padre toca el piano, yo canto y juntos predicamos. Varias veces ha elaborado predicaciones sencillas para compartir con los de la familia. También toca el saxofón y la guitarra ¡Cuán bello es nuestro Señor!. Y para que no hubiese ninguna duda del poder de Dios, volví a quedar embarazada cuando Daniel solo tenía 6 meses de nacido. Yo me atemorice y con un poco de vergüenza ocultaba mi embarazo, pero Dios por medio de una viejecita me dijo: “¿Por que ocultas la bendición que puse en ti? ¿Por qué ocultas a esa niña pura de corazón y llena de gracia?”

Ana Catalina danza, canta y pinta de una manera increíble; tiene un talento nato que brota desde cada uno de sus poros. Actualmente tiene 16 años y compone música y escribe cantos para el Señor. También toca flauta travesa. Su nombre significa llena de gracia (Ana) y pura de corazón (Catalina).

La más pequeña de los tres: Alejandra, fue una niña milagro. Los médicos esperaban que ella o yo resultáramos con algún daño al momento del parto.

El ultrasonido la mostraba con daños en sus extremidades y pulmones. Pero una cosa es la que el mundo pueda dictaminar y otra muy distinta lo que Dios determine. Ante el asombro de todos, nuestra hija nació perfecta y sin daño alguno...y para mí fue un parto rápido y lleno de paz. Hoy día ella cuenta con 13 años y también canta de manera excepcional. Alejandra quiere decir fuerte y grande. La grandeza de Dios. Ella también toca la flauta.

Sabemos que ellos nos multiplicarán en talentos y habilidades, a mi esposo y a mí. Pero lo más hermoso de todo es que esos talentos han sido puestos en las manos del Maestro, para tocar las vidas de aquellos que no tienen esperanza alguna.

El poder de la presencia de Dios es maravillosa, y siempre trae bendición añadida. Nuestros hijos han sido esa bendición.

Ellos son la promesa de Dios y quienes la perpetuarán para siempre...

El Señor nos llamó como misioneros evangelistas y desde el año de 1996 residimos en los Estados Unidos y desde allí ya hemos visitado más de 50 países del mundo predicando la palabra. Ahora mismo me encuentro de regreso en un avión de Aerocaribe, regresando de la isla de Cuba con mi esposo. Muchas memorias inolvidables tengo en mi corazón. Y en el próximo libro detallaremos los viajes y vivencias que como esposos, ministros y evangelistas hemos pasado. Es maravilloso servirle a El. El Poder de Su Presencia ha sido y es palpable en cada paso de nuestro caminar.

Visita nuestra página oficial del ministerio: www.ficmi.org y conoce lo que hemos estado haciendo para expandir la palabra de Dios a los más necesitados. Bendiciones!!

Notas Finales

En el mes de febrero del año 2000 tuve un terrible accidente en casa, mientras cocinaba. Sufrí de quemaduras de segundo y tercer grado en ambas manos. No podía mover mis dedos, ni siquiera sentirlos. El médico nos dijo que los nervios habían sido dañados y que sería muy difícil recuperar la movilidad y el sentido del tacto.

Estuve muy deprimida y sentía que todo se derrumbaba a mi alrededor.

Yo usaba mis manos para ministrar y para alabar a Dios. Solía hacer lenguaje de señas para sordos mientras cantaba y adoraba a Dios. También pintaba macetas (para poner plantas y flores) y las vendía para ayudarnos a pagar por los viajes misioneros. Todo lo que se refería a los asuntos de la oficina además de la confección de manuales y libros era realizado por mi.

Mi fe estaba siendo probada en estos momentos. Pedí perdón a Dios por haber empezado a perder mi esperanza. Sólo le pedí misericordia y gracia sobre mi para poder soportar el dolor y la frustración.

Por dos meses fui incapaz de realizar cualquier labor que tuviera que ver con mis manos. Desde las cosas más pequeñas como bañarse, peinarse, ponerse la ropa, abrazar a mis hijos o a mi esposo. Sólo podía mover mi dedo pulgar izquierdo. ¡Pero al menos podía moverlo!

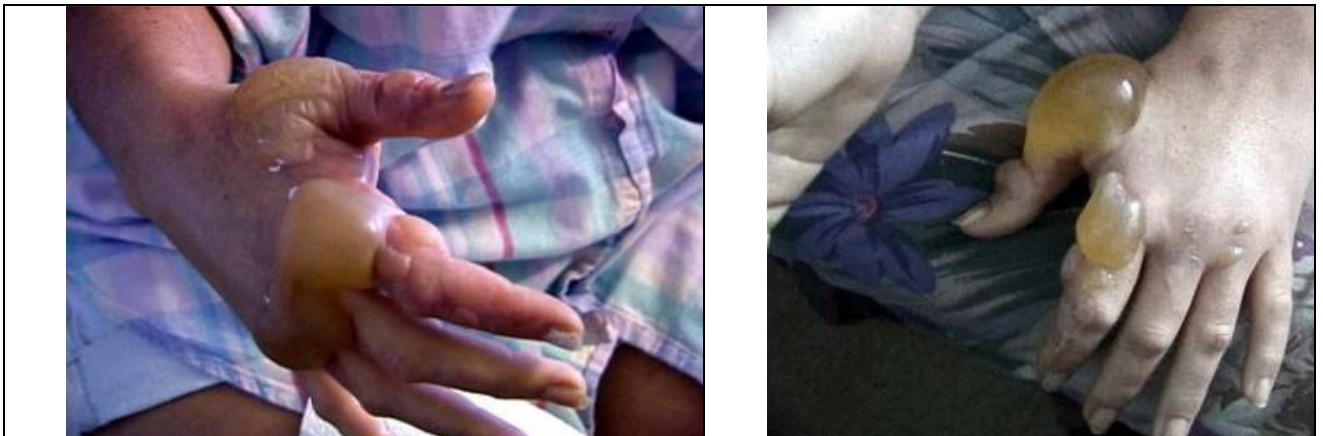
Dos amigas cercanas vinieron a orar por mí (Adriana y Terri) y ese día proclamamos que yo sería sanada. La gente de mi iglesia incluyendo el Pastor y su esposa, vinieron y me apoyaron. Un miembro de nuestra iglesia a quien apreciamos mucho (Pope) y su esposa (Charlotte) estuvieron orando continuamente y ella en particular venía a curarme las quemaduras. Fue mi enfermera exclusiva enviada por Dios (y de hecho es enfermera).

Mi madre vino desde Costa Rica no sólo a cuidarme sino a hacerse cargo de la casa, las comidas y los niños. Jamás tendré palabras suficientes para agradecerles a todos y cada uno de ellos por su ayuda incondicional.

Pero hubo algo que decidí. Yo iba a glorificar a Dios aun en mis momentos más duros y oscuros. Todo lo que podía hacer era leer. Así que además de leer mi Biblia,

también me sentaba en mi computadora y leía artículos acerca de construcción de páginas electrónicas y diseño gráfico. Encontré esto fascinante. Comencé a interesarme cada vez más y empecé a aprender a usar diversos programas de diseño y construcción de páginas en la Internet. Hasta ese momento yo no tenía conocimiento alguno de esto, pero yo quería crear otra vez y volver a pintar para honrar el nombre de Jesús. Mi fe y motivación regresaron, y Jesús comenzó a sanarme de una manera asombrosa. Una vez estando frente a mi pantalla del monitor, comencé a sentir un calor extremo en ambos brazos y manos. Noté que podía mover mejor mis dedos y aparté las vendas que me los cubrían. Fui a terapia intensiva y aun los doctores estaban maravillados con la velocidad con que estaba recuperando la sensibilidad y movimiento. En tres meses recuperé el movimiento y la sensación, donde había perdido los nervios y esta vez volví a realizar otro viaje misionero con mi esposo y otro grupo de misioneros a Venezuela.

Mucha gente oró por mí durante todo este tiempo y siempre les estaré agradecida. Cada vez que ellos oran yo me ponía mejor y más fuerte. Pero siempre agradeceré muy en especial a mi amado Jesús, porque El me protegió y salvó mi vida de algo peor. Hoy en día no podría hacer lo que hago si no hubiera sido por la mano poderosa de Dios y su misericordia. Estoy usando el talento que Dios me dio durante este período de prueba. Yo misma diseñé nuestra página electrónica ministerial y pinté todos los gráficos y fondos de la misma. Jesús tenía algo mucho mejor en mente para mí y mi familia. Aunque las circunstancias de la vida parezcan terribles, Dios tiene algo mejor para usted. Continúe confiando en El a pesar de las pruebas. Haga un sacrificio de alabarle. El escucha su clamor y va a hacer algo al respecto. No desmaye porque El está con Usted y está a su favor. Déle honor a Jesús con su vida y adórele. La dirección de la página en internet es www.ficmi.org para que nos visite.



Así estaban mis manos.... pero hoy en día están totalmente restauradas!!!

Epílogo

El propósito de este libro fue el producirte una sed inmensa por conocer a Jesús como un amigo y compañero, además de Señor y Dios. Si ese deseo ha brotado en tí, cumplido está mi gozo.

Si tú deseas Vida abundante, Reconócele a Jesús como tu Dios y Señor, ábrele la puerta de tu corazón. Deja que el Poder de Su presencia te llene y transforme todo tu ser... dándole significado y valor a tu vida. Si la soledad y los vicios han opacado tu esperanza en Dios, la luz de Jesucristo te sacará a un lugar espacioso, donde su paz te inundará.

Quizás tus propias filosofías de la vida, tus creencias religiosas o esotéricas, te han impedido encontrarte frente a frente con El. Jesús no está perdido, como para que pueda

ser hallado. Nosotros somos quienes hemos sido encontrados por él. Nos perdimos, y El nos ha rescatado.

Dale sentido a tu vivir comenzando una relación personal con El. Jesús está a tu lado, sólo acércate a El y entonces El se acercará a ti. Pronuncia Su nombre (en el cual hay salvación: sotería. La palabra sotería es una palabra griega cuyo significado encierra: liberación, sanidad, protección, reservación) y déjate tocar por él.

Pídele que perdone todas tus imperfecciones y pecados y déjale entrar a tu corazón. Díselo con tus propias palabras, haz tu propia oración.

Si lo hiciste: Bienvenido a la familia de Dios...

Si este libro fue de bendición a tu vida escíbeme a: Lorena_cantillo@yahoo.com